

MAY
McGOLDRICK

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR JAN COFFEY

Edición
española

A
MIDSUMMER
WEDDING

A Midsummer Wedding

May McGoldrick

Book Duo Creative

Gracias por elegir *Una Boda de Verano*. En caso de que disfrute de este libro, por favor, considere compartir las buenas palabras dejando una reseña.

UNA BODA DE VERANO. COPYRIGHT © 2022 POR NIKOO Y JAMES MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma y por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido o por inventar, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso escrito del editor: [Book Duo Creative](#).

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James](#)

[Sobre el autor](#)

Capítulo Uno

*Castillo de Stirling, Escocia
Verano 1484*

"Es tu boda", dijo la joven reina. "Entonces, ¿por qué me siento como si te enviara a la horca?"

Elizabeth Hay estaba de pie junto a la ventana abierta de la Torre Blanca, mirando a través del ajetreado patio hacia la capilla. Un murmullo de voces llegó hasta ella mientras la preocupación se apoderaba de su garganta. El brillante sol de la mañana iluminaba el recinto interior del castillo. A lo largo de los muros, banderas amarillas con el león rojo rampante se alternaban con la nueva bandera azul y blanca de la reina. La sombra de un pájaro atrajo los ojos de Isabel hacia el cielo. Un halcón sobrevolaba los muros del castillo. Elizabeth deseó que le crecieran alas y volar por encima de todo, con sus sentidos tan agudos que pudiera saber quién venía, quién se iba, quién hacía promesas y quién las rompía.

En cambio, la dolorosa opresión se convirtió en un nudo que se extendió por su pecho hasta que no pudo respirar.

"Elizabeth", insistió la reina. "Estoy preocupada por ti".

La joven se volvió para mirar a la reina Margarita de Dinamarca, ahora esposa de Jacobo de Escocia. Conocida no sólo por su elegancia y belleza, sino también por su amabilidad, la preocupación de Margarita se reflejaba claramente en su atribulado rostro. Al cruzar la habitación, la reina le cogió la mano, sentó a Isabel a su lado en un banco junto a la ventana y despidió a las doncellas que la acompañaban.

"Estás llorando".

"¿Lo soy?" Elizabeth consiguió decir, sin darse cuenta de las lágrimas que resbalaban por su mejilla.

"Quizás no hemos buscado todas las opciones. Si honestamente no quieres casarte con este Highlander, insistiré en un aplazamiento".

"No, no es eso", empezó, titubeando. ¿Cómo podía explicarle a la reina cómo se sentía? Todos suponían que simplemente estaba nerviosa por un paso tan trascendental, preocupada por perder la vida a la que estaba acostumbrada, insegura sobre el futuro. Pero había mucho más que la reina Margarita no sabía, mucho de lo que había ocurrido en los últimos días.

La joven reina sacó un pañuelo de seda y secó la humedad de las mejillas de Isabel.

Las campanas de la capilla empezaron a repicar. Y ahora ni siquiera había un momento para explicar.

Había llegado el momento de irse. Elizabeth se levantó e hizo un gesto a las otras mujeres para que la ayudaran con el velo.

"Puedo detener la ceremonia", ofreció de nuevo la reina Margarita, poniéndole una mano en el brazo. "Puedo hablar con mis consejeros ahora mismo".

"No, Alteza. Sois muy amable. Sé que ha hecho todo lo posible por ayudarme. Pero las manos han sido repartidas, y las fortunas decididas. Pase lo que pase, debo irme".

El montañés esperó en el recinto interior, junto a la puerta de la capilla de San Miguel. Una congregación de nobles ya estaba dentro, hablando en voz baja. Por encima de sus cabezas, los haces de luz dorada de las rendijas de las ventanas atravesaban las nubes de incienso que se arremolinaban.

Los jefes de clan y los lairds de toda Escocia sabían que esta unión llevaba dos décadas gestándose. Muchos se preguntaban si el matrimonio se consumaría alguna vez. Era una vieja historia. Una muchacha de tres años y un muchacho de siete se unieron en un contrato cuando se transfirió una flota de barcos a cambio de grandes extensiones de tierra. Con el paso de los años, todos los que conocían a los dos esperaban que las familias encontraran otros medios de cumplir las viejas promesas, pues era obvio para todos que no eran el uno para el otro.

Y nadie lo había esperado más que los propios dos jóvenes.

Macpherson frunció el ceño y se acercó a la sombra de la puerta. Todo el mundo en Escocia sabía lo diferentes que eran. Elizabeth Hay había sido educada y criada en las cortes de Italia y Dinamarca. Ahora, compañera íntima de la reina, había viajado mucho, hablaba con fluidez varios idiomas y tenía talento para la música. Además de ser amiga de la reina, era la mano derecha indispensable de su padre, el conocido arquitecto Ambrose Hay.

¿Y él? Para los hombres de mar de Escocia e Inglaterra, era Macpherson del castillo de Benmore, el Gato Negro de las Tierras Altas, comandante de una docena de barcos que asaltaban las ricas ciudades costeras y causaban estragos entre los comerciantes británicos, holandeses y franceses. La profesión que había elegido le había convertido en un hombre rico. En los pueblos costeros de Amberes a Dublín, las madres evocaban su nombre cuando querían infundir terror a sus revoltosos cachorros en las noches oscuras. Era un Highlander. Salvaje, libre y peligroso. Y como esposa, creían sus aliados más cercanos, tomaría a una mujer hecha de la misma cepa resistente. No una delicada flor de las tierras bajas. Ciertamente no Elizabeth Hay.

Y sin embargo, aquí estaba, sudando mientras doblaban las campanas.

Macpherson miró impaciente hacia la Torre Blanca. Las dudas le corroían. Ella no iba a venir. Este matrimonio no iba a celebrarse.

Una puerta se abrió a través del Recinto Interior, y la Reina Margarita se deslizó sobre las piedras del patio, atendida por su séquito. Pero él no tenía ojos para ella. Su mirada estaba fija en la novia velada a su lado.

El joven laird musitó otra maldición en voz baja y miró con el ceño fruncido a la mujer que se acercaba. El infierno que había pasado para estar aquí en este momento. ¿Había sufrido? El velo bordado ocultaba su rostro.

No habló hasta que la reina y el resto de los acompañantes de la novia entraron en la capilla.

"Señora", gruñó.

"Highlander", respondió ella, poniéndose delante de él.

"Maldita sea", maldijo, agarrando el velo y apartándolo de su cara. "Has mentido".

Capítulo Dos

Siete días antes

ELIZABETH HAY se estremeció involuntariamente al contemplar el ciervo traído a la bahía en el colorido bosque del gran tapiz que adornaba toda una pared de la cámara de la reina.

"Ese no eres tú."

"No", aceptó Elizabeth. "Mi historia está plasmada en un tapiz completamente distinto. Estoy en el que representa a la vieja cerda acosada, perseguida y alanceada por una jauría borracha de sucios montañeses para diversión de mi futuro marido".

Elizabeth se volvió y miró a la reina Margarita, sentada con Clare Seton, una de las damas de compañía.

La reina sonrió. "No creo haber visto esa".

Ella asintió. "No me sorprende. Sólo lo sacan en ocasiones especiales. No quiero asustar a ninguna de las doncellas innecesariamente".

Elizabeth se acercó a la ventana y respiró el aire húmedo. Abajo, los campesinos empapados por la lluvia de las granjas cercanas ya estaban acarreando comida para el próximo banquete nupcial.

"Puede que estés dejando volar un poco tu imaginación, amigo mío", observó la reina. "Es una visión bastante oscura del futuro".

"Un futuro que estoy desesperado por evitar".

"Elizabeth, ya hemos pasado por esto".

"Lo sé.

"Macpherson es un Highlander, como usted dice, pero el hombre está actuando bastante honorablemente."

"Un acto honorable del que no deseo formar parte", dijo Elizabeth con rotundidad, tratando de contener su temperamento.

Hace cinco años, había estado preparada. Pero, ¿dónde estaba él entonces? A los dieciocho años, tenía la cara fresca y estaba ansiosa, soñando con el hombre al que había estado prometida toda su vida. Inocente, creyendo en el poder del amor, esperaba que él llegara, se casaran y la llevara a su castillo en las Highlands. Confiando en la vida y en el hombre que iba a ser su futuro marido, no tenía miedos ni inseguridades. El futuro era una ostra con una perla preciosa, lista para que ella la arrancara.

Pero Elizabeth había soñado con un hombre que nunca vino a buscarla. Año tras año, sus esperanzas se desvanecían. La duda echó raíces. Le llegaban rumores sobre las legendarias hazañas de su pretendiente... y una o dos muchachas en cada puerto. Navegando por los mares,

asaltando ciudades ricas, viviendo una vida de aventuras. Él era el Gato Negro de Benmore. El terror de los mares alemanes.

En algún momento de aquellos años, dejó de esperar y encerró sus insensatos sueños en lo más profundo de su ser. El tiempo pasó y Elizabeth viajó con su padre, ayudándole en su trabajo y aprendiendo su arte de construir. Como viudo y arquitecto conocido y respetado, Ambrose Hay tenía su hogar dondequiera que le llevara su proyecto de construcción en curso. Juntos habían vivido y trabajado en las cortes de Europa. Para Elizabeth, el conocimiento se convirtió en una pasión. Libre de la carga de un futuro que dependía de un marido, desarrolló una nueva vida. Una vida que era suya.

Al final, Elizabeth aprendió a no quererle. No quiso tenerlo. No podía imaginar renunciar a su vida para ser la esposa de un simple laird en un montón de piedras en las Highlands. Sin este matrimonio, seguiría viajando con su padre por el mundo. Este era el futuro que ella quería ahora.

Pero, de repente, el Highlander había decidido que era el momento. Había venido a Stirling, esperando que ella fuera esa ingenua de dieciocho años. Preparada para él. Agradecida por él. ¡Ja!

Esa misma mañana, había tenido una larga y agotadora discusión con su padre sobre este mismo tema. Hacía un mes que los dos tenían un futuro fijado. A él le habían encargado que iniciara un palacio en Francia el próximo mes de junio y se la iba a llevar con él. Esta semana, Ambrose Hay no quería ni oír hablar de cancelar la boda. Había que cumplir un contrato. El nombre de la familia estaba en juego. El tiempo no negaba su responsabilidad.

Frustrada, había dejado a su padre con sus planes y maquetas amontonados a su alrededor, y recurrido a su amiga en busca de consuelo. Durante el año que pasaron en Stirling, residiendo en el castillo mientras su padre trabajaba en las reformas, Elizabeth se había convertido en compañera y confidente de la reina.

"Deja de pasearte y ven a sentarte con nosotros".

Isabel deseaba poder aceptar la sugerencia de la reina, pero estaba demasiado agitada.

Clare Seton levantó la vista de su costura. "No se puede negar que Macpherson ha hecho un esfuerzo".

Elizabeth la fulminó con la mirada. ¿De quién era amiga? Todos parecían admirar a la recién llegada. Traidores.

"¿Qué quieres decir?", preguntó la reina.

"El escudero del Highlander vino al castillo preguntando por Elizabeth de nuevo esta mañana,"

"¿Otra vez?" Margaret preguntó. "¿Qué quería?"

"Los mensajes, dos ayer y uno esta mañana, eran los mismos. El laird desea reunirse con ella. Pero ella ni siquiera envía una respuesta".

"¿Por qué no te reúnes con él?", preguntó la reina, volviéndose hacia Isabel.

"Porque sé lo que quiere".

Margaret levantó una ceja inquisitivamente. "¿Y eso es?"

Elizabeth ya le había explicado la diferencia que los años habían provocado en ella, pero la naturaleza romántica de su amiga no cedía. Una oportunidad en el amor trascendía el tiempo y la decepción.

La reina Margarita había sido ella misma un peón en un matrimonio concertado, y ahora vivía en permanente distanciamiento de su marido. La reina conocía de primera mano la fría realidad del negocio matrimonial. Si alguien debía ser capaz de entender el dilema de Isabel, era

Margarita. Pero no lo hizo porque vivía de la posibilidad del romance.

Elizabeth necesitaba un enfoque diferente.

"Macpherson y yo no nos conocemos. Simplemente quiere verme y tasarme como haría con cualquier propiedad que estuviera a punto de adquirir."

"Podrías hacer lo mismo", sugirió la reina. "Tal vez descubras que es algo más que el salvaje y grosero Highlander que imaginas".

Demasiado tarde. Elizabeth no quería encontrar nada positivo sobre aquel hombre o aquella unión. La mera idea de ser enviada al castillo de Benmore a vivir entre gente que no conocía la estremecía. La idea del matrimonio ya no tenía nada de romántico. Quería conservar la vida que tenía ahora. Quería ir a Francia con su padre.

Clare dejó de coser y le puso la labor en el regazo. Antes incluso de que Clare abriera la boca, Elizabeth se dio cuenta de que tal vez tendría que matarla.

"Ya se dice por el castillo que es bastante guapo", dijo Clare.

"Y es pirata", añadió la reina con un entusiasmo apenas disimulado. "Sólo eso habla de una vida de aventuras y emociones. Un hombre de verdad. Y tengo entendido que es rico".

"Entonces no tendrá problemas para elegir una esposa adecuada", respondió Elizabeth, mirando de uno a otro. "Puede encontrar una mujer bella y encantadora. Alguien de temperamento apacible. Una joven de dieciocho años que se someta a todos sus caprichos... cuando no esté robando barcos mercantes indefensos. Cualquiera, mientras yo no sea esa mujer".

A ella no podía importarle menos lo que él quería. No quería saber qué clase de esposa buscaba. Ella deseaba que él simplemente se fuera.

"Vamos", dijo Margaret suavemente. "Si te sientes así, reúnete con él y dile precisamente eso. Dile que le liberas de su responsabilidad".

No podía. Nunca desafiaría abiertamente a su padre. Nunca deshonraría el nombre de la familia. El Highlander tendría que retirarse del matrimonio.

Elizabeth se retorció las manos y empezó a pasearse por la habitación, incapaz de comprender el pánico que la atenazaba cuando pensaba en reunirse con aquel hombre y hacerle semejante petición. ¿Aceptaría? ¿Podría convencerle? ¿Qué pasaría si se negaba?

Tenía que ser un canalla arrogante. Ella había oído los rumores. Alexander Macpherson era, según todos los informes, apuesto e incluso encantador. Llevaba sólo dos días en Stirling y ya se hablaba de su gran estatura, sus intensos ojos azules, su sonrisa que hacía que una muchacha olvidara su propio nombre. Estaba acostumbrado a salirse con la suya con las mujeres. Tomaba lo que quería, y quería este matrimonio. ¿Por qué si no iba a venir aquí ahora? Nunca aceptaría.

"No puedo", gritó con una mirada lastimera a la reina. "Aunque sólo sea por el honor de mi padre, no puedo ser yo quien rompa este contrato. Pero no quiero seguir adelante con esta boda".

Se paseó por la cámara, sintiéndose tan atrapada como el ciervo en el tapiz. Cada vez que pasaba por una ventana, se detenía y miraba a los trabajadores, las paredes y las montañas cubiertas de niebla. Hacía dos días que llovía, desde la llegada de Macpherson. La reina Margarita y Clara tenían las cabezas juntas y susurraban sin parar.

"Elizabeth", dijo finalmente la reina. "Seamos claros en esto. Quieres que el Highlander se retire de este contrato".

"Eso es todo, Su Alteza."

"Pero comprenderás que es crucial que ambos salgáis de esta con vuestro honor intacto", continuó la reina. "Pase lo que pase, no querrás iniciar ningún rumor que pueda manchar tu reputación o la de él".

La situación era imposible. Se obligó a respirar hondo. Mancillar su reputación no era una

respuesta. El honor de su padre importaba. No sabía qué hacer. Clara y la reina intercambiaron en silencio unas palabras más.

Clare fue la que habló. "Tal vez podamos jugar con el sentido del honor del Highlander".

Una última pizca de esperanza. Quizás tenía sentido del honor. ¿Escucharía su súplica? Lo dudaba. No podía arriesgarse.

"¿Y si Macpherson creyera que tus afectos ya están con otro hombre?", sugirió la reina. "Nada escandaloso. Pero ¿y si pensara que estás enamorada?"

"Pero no lo soy. ¿Cómo podría conjurar a una persona así de la nada? ¿Y cómo le haría creer tal cosa?"

"Cambiaremos de sitio", dijo Clare.

Era imposible. Clare Seton era la dama de compañía de la reina y estaba prometida a Sir Robert Johnstone, un rico Lowlander. La gente la conocía. Su familia estaba bien conectada en la corte.

"¿Estás segura de que Macpherson nunca te ha puesto los ojos encima?", preguntó la reina.

"Nunca", respondió Elizabeth. No había ido a ningún sitio en público desde el día en que él había llegado a Stirling. Desesperada, observó con expectación cómo las dos mujeres intercambiaban una mirada de complicidad.

"Esta tarde he quedado con Sir Robert", le dijo Clare, "en la abadía de Cambuskenneth".

Elizabeth sabía que su amiga iba a casarse al final del verano. Era un matrimonio por amor, sin duda, y no era la misma situación a la que ella se enfrentaba. Esperó, no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

"Creo que el plan es brillante, Clare", dijo la reina Margarita, recogiendo el hilo. Se volvió hacia Elizabeth. "Irás a encontrarte con el Highlander donde se aloja, presentándote como Clare Seton. Mientras estés allí, tejerás historias de angustia. Le dirás que 'Elizabeth' te ha robado a tu prometido".

"Eso no servirá", gritó Elizabeth, comprendiendo el juego que intentaban organizar.

"El tiempo apremia, y el plan de Clare es lo que tenemos".

La reina hizo una pausa y la miró fijamente, asegurándose de que Elizabeth le estaba prestando atención.

"Acompañarás al laird hasta la abadía. Al oír tu historia de aflicción, negará ese romance porque ella le pertenece. Le dirás que sus ojos probarán que sus palabras son ciertas. Que Elizabeth está angustiada por la próxima boda. Está reunida con su amante a esta misma hora en la abadía al otro lado del río".

"¡No!"

"Silencio". La reina la llamó al silencio. "En la abadía, Clare -que se hace pasar por ti- estará esperando con Sir Robert. Cuando el montañés vea a "Elizabeth" con el hombre que ama, se sentirá abrumado y la liberará -o sea, a ti- del compromiso".

"Pero nada de eso es cierto".

La reina puso los ojos en blanco. "Ayúdanos. Ayúdanos a rescatarte".

Elizabeth se mordió el labio. Debía de ser el plan más ridículo que había oído nunca. Nunca funcionaría.

"Cuando lleguen a la abadía", dijo la reina Margarita a Clara, "espero que ofrezcas un trágico espectáculo de amor y pérdida".

"Puedo hacerlo", dijo Clare.

"Pero no puedo", soltó Elizabeth. "Esto es demasiado complicado".

"¿Por qué? ¿Qué puede salir mal?", preguntó la reina.

Mil cosas, pensó. "Macpherson es un guerrero. Esto seguramente herirá su honor, y no sabemos cómo responderá. ¿Y si decide acercarse a ellos? ¿Entablar una pelea con Sir Robert? ¿Qué hago si...?"

"Me aseguraré de que mis guardias estén allí para evitar que algo se salga de control", le dijo Margaret. "Eso no es una preocupación. Pero para que este plan funcione, debes hacer tu parte. Antes incluso de que los vea, debes convencer a Macpherson de que se apiade de 'Elizabeth Hay' y se eche atrás en este matrimonio. Tendrás que hacer la mayor parte del trabajo en la taberna y por el camino".

Así que debe fingir ser otra persona. Mentir sobre una relación inexistente. Engañar a este hombre con una treta que él podría descubrir en un momento.

Era un plan inútil. Elizabeth estaba en verdaderos problemas.

Capítulo Tres

LLEVABA dos días atrapado aquí y Macpherson se estaba cansando de aquel lugar. La posada en la que se alojaba, justo bajando la colina desde el castillo, era un asunto destartalado, pero era la mejor del distrito, con habitaciones bastante limpias, una cama de verdad, un posadero razonablemente honesto y la mejor cerveza en veinte millas a la redonda. Necesitaba estar en Stirling, pero el montañés no tenía ningún interés en alojarse en casa de nadie que tuviera casa aquí. Así que alquiló toda la posada.

Mientras Alexander estaba sentado en una larga mesa de la taberna vacía terminando su carta, una de las contraventanas de una ventana que daba a la calle golpeó con fuerza. Se levantaba viento del suroeste. Si estuviera en el mar, estaría izando velas y preparándose para una borrasca.

Miró la carta. No era abogado, ni mucho menos poeta, pero tendría que servir. Tapó el tintero e indicó a su escudero David que devolviera los utensilios de escritura al posadero, que acababa de traer un barril de cerveza fresca de las bodegas. El día había sido incómodamente caluroso y de vez en cuando había llovido con fuerza. Alexander pensó por quincuagésima vez en cómo le gustaría respirar el aire fresco y salado de la cubierta de su barco o el aire limpio de las montañas desde las murallas del castillo de Benmore.

Estaba impaciente por salir de la Corte. El aire de este lugar lo sofocaba. Los aduladores, los alcahuetes, los farsantes, los cobardes que fingían ser guerreros, los juegos, las mujeres que se vestían para atraer a los maridos de sus amigas, las sonrisas pintadas, los ojos agitados. Este era el lugar donde la virtud iba a morir. Convocado en numerosas ocasiones por el rey al palacio de Falkland, fue bien educado en la atmósfera envenenada de la corte. El castillo de Stirling no era diferente. Y su intención estaba cómodamente incrustada en este clima enconado. No es de extrañar que no pudiera permitirse atender sus peticiones.

El joven y enjuto escudero regresó y se quedó esperando a unos pasos mientras el montañés leía la carta una vez más y luego la doblaba.

"Lleva esto a la Torre Blanca", ordenó Alexander. "Quiero que se lo entregues en mano a Mistress Hay".

"Sabe, milord", dijo David con cautela, "no tendré más suerte que antes para hacer llegar este mensaje a la señora".

Alexander fulminó al joven con la mirada. "Tienes que convencer a la guardia de la reina de que esto es importante. Sólo faltan siete días para la maldita boda. La carta debe llegarle ya. Dile a él, o a cualquiera con quien hables, que el contenido de esto es de vital importancia para... para lo que pretendo. Ahora mueve tu flaco culo colina arriba hasta el castillo".

"Sí, milord", dijo David, percibiendo correctamente el peligro en el tono de su señor.

Cogiendo la carta, salió corriendo hacia la puerta abierta, casi atropellando a una figura que se cruzó en su camino desde la calle.

"Disculpe, milady."

Alexander miró sorprendido a la mujer que entraba en la taberna. La capucha de su ligera capa se había echado hacia atrás, dejando al descubierto un cabello rubio dorado recogido en una gruesa trenza que le caía por la espalda. Su vestido verde oscuro llevaba un cinturón de terciopelo negro que hacía juego con el color de la capa. No era la hija del panadero, que venía a llevar el pan para la cena.

No miró a derecha ni a izquierda, sino que se dirigió directamente al posadero, que parecía tan sorprendido como el montañés.

"No sé qué puedo hacer por usted, señora", dijo el hombre. "Pero la posada está cerrada durante la próxima noche."

"¿Cerrado?", repitió ella, perpleja. "Pero me han dicho que el laird Macpherson se aloja aquí".

"Sí". El posadero asintió hacia Alexander. "Ahí está el mismísimo hombre".

La rubia giró la cabeza, fijándose en él por primera vez. "¡Oh!"

Sobre sus altos pómulos, unos ojos grandes y despiertos se clavaron en él. Los labios anchos y carnosos se apretaron mientras ella lo estudiaba. La muchacha era joven, agradable a la vista, pero por la postura de sus hombros y las manos que tenía fuertemente juntas, decidió que era una mujer con una misión. Se acercó a él.

Alexander se puso en pie. "¿Qué puedo hacer por usted, señora?"

No vio un banco que sobresalía de debajo de una mesa hasta que fue demasiado tarde. Alexander se lanzó hacia ella cuando los brazos de la mujer salieron disparados para detener su caída, y la atrapó justo antes de que cayera al suelo de piedra. Al levantarla, se dio cuenta de que la sostenía en sus brazos un poco más de lo que debería. Y no se quejaba.

Apretada contra su pecho, era todo curvas bajo la capa y las capas de ropa. La cabeza de Alexander se llenó del aroma más tentador que jamás había olido en una mujer. Una combinación de rosas y... algo más. Flores cítricas. Le invadieron dulces recuerdos de la navegación por el Mediterráneo.

Con los pies de nuevo en el suelo, intentó dar un paso atrás, pero no había adonde ir. Estaban atrapados entre dos mesas. Su intento de deslizarse junto a él hizo que su barbilla rozara la parte superior de su cabeza. La suavidad del cabello dorado le sorprendió.

Cuando Alexander pudo mirarla a la cara, la mujer ya no parecía tan decidida como antes. Tenía la cara enrojecida y se frotaba una rodilla magullada mientras se alisaba el vestido y la capa.

"Tal vez deberíamos empezar de nuevo", dijo, sin tratar de ocultar su diversión. "Como he dicho, soy Alexander Macpherson. ¿Qué puedo hacer por usted, señora?"

Su mirada tardó en dirigirse a su rostro, pero cuando lo hizo, él quedó sorprendido por el color de sus ojos. Eran azules, pero no el azul celeste de un cielo escocés despejado. Eran azul oscuro, como el mar de la costa de Marruecos.

"Me llamo..." Hizo una pausa y se aclaró la garganta. "Soy Clare Seton."

El nombre no significaba nada para él, así que esperó a que ella dijera algo más.

"Sirvo como acompañante de la reina. Una de sus damas de compañía".

Finalmente. La muchacha debe haber sido enviada por Elizabeth Hay. Su altanera intención era al menos reconocer que había llegado a Stirling.

"Vengo de parte de tu futura esposa", continuó.

La aparición de esta joven despertó su curiosidad. ¿Por qué Elizabeth se negaría a aceptar un mensaje llevado por su escudero y ahora enviaría a esta muchacha? O algo andaba mal, o se trataba de otro recordatorio de lo poco versado que estaba en las formas cortesananas. En cualquier caso, ahora sería un buen momento para mantener su nariz en el viento.

"¿Y qué hay de eso?" Alexander se apoyó en la mesa de caballete y se cruzó de brazos.

"Si es tan amable de dar un paseo conmigo, todo se aclarará".

Quedándose donde estaba, la miró fijamente y la vio retorcerse bajo el escrutinio.

"Sólo hasta el río. Bueno, en realidad... a la Abadía de Cambuskenneth", tartamudeó. "No está muy lejos. Ni una milla colina abajo".

"¿Por qué?"

Desvió la mirada antes de decir en voz baja: "A reunirme con Elizabeth".

Alexander dejó que sus palabras flotaran en el aire un momento antes de responder.

"¿Por qué no nos encontramos en el castillo? ¿O venir ella misma?"

"No era posible. Tenía asuntos que atender". La joven se retorció las manos ante ella. "Estaba segura de que no le importaría acompañarla a la abadía."

No le importaba, pero no iba a admitirlo. De hecho, estaba impaciente por acabar con este asunto. Caminaría de aquí a Edimburgo si fuera necesario. Su barco esperaba anclado frente a Blackness, en el estuario, y él estaba listo para subir a él.

Además, pensó, sería mejor hacerlo en persona que dejar que ella lo leyera en la carta que le había enviado.

Pero no le gustaba que lo ignoraran y algo en él, probablemente el diablo, disfrutaba viendo a la tal Clare Seton retorcerse un poco. Sólo deseaba que fuera la propia Elizabeth Hay. Aun así, se preguntó qué le habrían dicho a ésta que esperara de él.

"En realidad, sí me importa", dijo rotundamente, apartándose de ella.

"Pero... ¿es mucho pedir que nos veamos antes de la boda?", tartamudeó la joven.

"Exactamente lo que he estado pensando los dos últimos días", respondió, sirviéndose un tazón de cerveza. "¿Es indigno de ella ver a mi escudero? Ella lo despidió repetidamente sin siquiera una palabra".

"Estoy seguro de que no quiso faltar al respeto".

"Y no quiero faltarle al respeto ahora. Pero si quiere verme, que venga a verme". Recogió su cerveza, despidiéndola.

"No estás siendo razonable".

"¿Lo soy?", dijo bruscamente. "Tienes mi respuesta. Sigue tu camino".

No se oye el susurro de las faldas. Ni pasos retrocediendo hacia la puerta. Sólo el crujido del letrero de la posada, balanceándose con las ráfagas de viento. Quizá no estaba tan asustada, después de todo. Se bebió el tazón, fingiendo que ella no estaba allí.

"Por favor, reconsidéralo", pidió con voz suave.

La miró por encima del hombro, sorprendido por la nota de abatimiento en su tono. Llevaba la cabeza alta, pero se estrangulaba dos dedos con el lazo de cuero de la capa.

"Aunque no te interese reunirse con ella, necesito ir a la abadía y supuse que me acompañarías. No he traído escolta". Deshizo la corbata de sus dedos, viendo que había llamado su atención. "Te agradecería mucho que... ...si vinieras conmigo".

Alexander la miró a los ojos durante un largo instante. Ella mentía. Había venido aquí por otra razón. Era el capitán de una docena de barcos. Era el laird del castillo de Benmore. Había aprendido muy pronto la necesidad de poder ver a través de un hombre... o una mujer. Podía reconocer cuando una persona estaba mintiendo. Y eso era exactamente lo que ella estaba

haciendo. ¿Pero por qué?

Su mirada se movió hacia abajo, tomando el pulso que saltaba salvajemente en la suave columna de su cuello. Estaba cada vez más intrigado por la tal Clare Seton y su juego.

"Puedo entender si no te interesa conocerla. Pero conozco a Elizabeth bastante bien. Quizá le interese hacer algunas preguntas sobre la mujer con la que pretende casarse".

Alexander tiró el cuenco sobre la mesa.

"Muy bien, señora, ya que necesita una escolta. Y francamente, me estoy cansando de esperar sentada". Señaló hacia la puerta. "Ve delante."

Capítulo Cuatro

LA REINA MARGARET LO AMARÍA. Clare Seton podría reconsiderar sus nupcias. Todas las damas de compañía de la Torre Blanca babearían por él. Pero yo no, pensó Elizabeth.

Bueno, quizás un poco.

Tenía veintitrés años y llevaba navegando por las cortes del mundo desde que era una niña, pero esta tarde -por primera vez en su vida- estaba descubriendo que no era inmune a los hombres. Al menos no a este Highlander.

¿Pero por qué ahora? ¿Por qué tenía que ser tan guapo? Los ojos intensamente azules, las líneas de la cara y la mandíbula tan perfectamente esculpidas, el pelo casi negro recogido en la espalda y cayéndole por encima de los hombros. Qué diferente era de los cortesanos gentiles que vestían a la última moda alemana y revoloteaban alrededor de las mujeres, intentando cortejar a una u otra con dulces y poemas sin duda escritos por algún italiano. No, este montañés no tendría tiempo para nada de eso. Con los hombros tan anchos como cualquier caballo de tiro, era tan alto que necesitaba agacharse para salir por la puerta de la posada. Un poco brusco en sus modales tal vez, pero Alexander Macpherson era más que guapo y era todo un hombre. Y a Elizabeth no le pasó desapercibida la forma en que los demás se fijaban en él al pasar.

"No seas tonta", murmuró para sí misma.

El viento la azotaba y la lluvia, que había vuelto a caer casi desde que salieron de la posada, arreciaba con más fuerza. Antes de salir de la ciudad, caía a cántaros, casi de costado por las ráfagas. No recordaba una tormenta tan fuerte.

Su capa y su pelo se agitaban a su alrededor. Elizabeth miró hacia delante mientras descendían hacia el grupo de casitas apiñadas a orillas del río Forth. Cuando llegaran al puente que conducía a la abadía, podrían ver a Clare y a su prometido en cualquier momento, si es que seguían fuera desafiando al tiempo. En cualquier caso, debía estar alerta. Pero el hombre que caminaba a su lado era sin duda una distracción.

De repente, el montañés alargó la mano y la atrajo hacia sí mientras un carro tirado por un burro que bajaba por la colina detrás de ellos se acercaba peligrosamente a ella.

Ella resbaló y su cara se apretó contra el costado de él. El tartán de él contra su mejilla no hizo nada para suavizar el cuerpo duro y musculoso. El olor a lana, cuero y hombre llenó sus sentidos. Era la segunda vez que la atrapaba. Se enderezó y se apartó.

Cuando levantó la vista hacia él, Macpherson estaba mirando al granjero del carro, que parecía reírse para sus adentros mientras seguía su camino.

Necesitaba despejarse. Necesitaba concentrarse en por qué estaba aquí y en lo que pretendía hacer. Antes de llegar a la abadía, tenía que convencerlo de que era mejor que se alejara de las próximas nupcias.

"Elizabeth y yo somos amigas desde hace un año", dijo por encima del viento, animándole a hacer preguntas.

"Los Seton son una vieja familia", dijo, ignorando su comentario. "Son un grupo respetable, a pesar de ser de las Tierras Bajas".

Esta no era la dirección que ella quería que tomara la conversación.

"Ahora que lo pienso", continuó. "He conocido a algunos de ustedes en los últimos años".

Un desastre, pensó Elizabeth con pánico. No sabía casi nada de la familia de Clare.

"¿Y Elizabeth?", preguntó. "Me han dicho que no os conocéis".

Miraba al cielo, que se oscurecía y adquiría un extraño tono verde. La lluvia torrencial ya había formado arroyos de barro en el camino. Aparte del ceño fruncido, al Highlander no parecían afectarle los elementos.

"Permítame que le hable de Elizabeth", repitió por encima de las ráfagas.

"No hace falta. Háblame de ti".

Su pie desapareció en un barranco lleno de agua, casi hasta la rodilla, y él volvió a agarrarla mientras ella se lanzaba hacia delante. Era imposible no darse cuenta de la fuerza y la facilidad con que la levantaba y la ponía en pie. También era imposible no darse cuenta de que tardaba en soltarla. Por un instante, su atractivo rostro se acercó peligrosamente mientras le ajustaba la capucha y la envolvía con la capa.

"¿Cuánto tiempo llevas al servicio de la reina?"

"Un año", respondió ella. "Y me casaré al final del verano".

"¿Quién es el afortunado?"

"No creo que lo conozcas. Es un Lowlander".

La verdad y la mentira se convirtieron de repente en un nudo revuelto en su cabeza. Intentó recordar lo que pensaba decirle y lo que ya había admitido.

"Lo suponía", respondió. "¿Cómo se llama?"

"Sir Robert Johnstone."

"Le conozco".

Damnation. Fuego infernal.

¿Por qué Clare no dijo nada de esto? ¿Cómo podía ser que ella no lo supiera? ¿Cómo podía Elizabeth llevar al Highlander a la abadía y mostrarle a un hombre que conocía y a una mujer que se hacía pasar por ella? No funcionaría. Estaba condenada.

Había intentado decirle a la Reina Margarita que el plan sería un desastre. Ella no la escuchó. Elizabeth juró que mataría a Clare la próxima vez que la alcanzara.

Cuando su pie resbaló sobre la roca, lo único que pudo pensar fue que la maldita cosa era lisa, estaba resbaladiza por el barro y la lluvia, y no tenía derecho a estar en medio de un buen camino de tierra para carros. Gritó. Mientras se agitaba salvajemente con los brazos y los pies en el aire, el tiempo pareció ralentizarse hasta que su cara estuvo a sólo un chapoteo de caer al suelo. Cómo pudo recogerla antes de que aterrizara era un misterio. Pero antes de que ella se diera cuenta, su cara estaba acurrucada en el pliegue de su musculoso cuello. Sus labios se apretaron contra la piel cálida y tensa. Su olor la invadió, y el impulso de dejar que su cuerpo se hundiera en el de él casi adormeció su sentido de la razón.

"No sales mucho, ¿verdad?", preguntó. "Un poco de viento y un poco de agua, y estás indefenso como un niño. No puedo imaginar cuántos sirvientes se necesitaron para llevar a Elizabeth Hay colina abajo".

Un cosquilleo de calor la recorrió. Por fin había mencionado el nombre de la mujer con la que iba a casarse.

Cuando la dejó en el suelo, Elizabeth retrocedió y se ciñó la capa para protegerse de la lluvia torrencial. Con los ojos clavados en el camino de carros, cada vez más traicionero, empezó a andar y él se puso a su lado.

El pánico volvió a apoderarse de ella cuando llegaron al pie de la colina. Tenía que preparar la treta ahora si había alguna esperanza de que funcionara. Y esa esperanza se desvanecía por momentos.

"Elizabeth viene por aquí a menudo", dijo mientras se adentraban en la aldea ribereña. "A veces a diario, creo. Hay... bueno, debería decírtelo. Conoce a alguien".

"¿Está Sir Robert en Stirling?" preguntó, ignorándola.

"Lo es. Pero te acabo de decir que tu pretendido se encuentra con un..."

"¿Dónde se aloja? Me gustaría hacerle una visita".

¿Era sordo? ¿Podía tener más de un pensamiento a la vez? Parece que no.

A pesar de la tormenta, un número sorprendentemente elevado de personas se agolpaba en el camino hacia el puente. Los carros y un rebaño de ovejas recién esquiladas ralentizaban su avance. El puente apenas se vislumbraba. A Elizabeth se le heló la sangre. Estaban casi en su destino, y ella no había hecho nada para preparar la treta que la reina Margarita y Clara habían ideado.

Pero el plan era una mierda de todos modos. Nada funcionaba. Más le valía darse la vuelta ahora mismo, volver a subir aquella colina embarrada hasta el castillo y ponerse el vestido de novia. ¿Qué locura le había hecho pensar que algo de esto podría funcionar?

Y qué manera tan encantadora de empezar su larga, larga, larga vida juntos. Ni siquiera estaban casados todavía, y ella ya le había mentido. Le dijo que era otra persona. Maldita sea.

Necesitaba afrontarlo. Tenía que decirle la verdad. Si no había otra opción e iba a casarse con él, simplemente tenía que aceptar su destino: un marido pirata, un cuchitril en las Tierras Altas, la muerte como una cerda cazada y todo eso.

"Mam... Mammy... ¡Mamá!"

Elizabeth levantó la cabeza cuando dos erizos mojados y embarrados corrieron hacia ella y se le pegaron a las piernas. Se inclinó y miró sus sucias caras.

"¿Qué te pasa? ¿Has perdido a tu madre?", preguntó con dulzura, mirando a su alrededor, con la esperanza de que la verdadera madre estuviera cerca.

Una muchacha joven, quizás una cabeza más alta que los dos apéndices que aún se aferraban a ella, se apresuró a acercarse. Sin embargo, en lugar de arrastrarlos, la muchacha la cogió de la mano, casi tirando de ella.

"Ven a casa, mamá. Él mismo está esperando, y ya sabes cómo es".

"¿Qué? ¿Quién está esperando?" preguntó Elizabeth al verse arrastrada hacia un callejón. Miró por encima del hombro al Highlander. "Estos niños deben de estar perdidos. Déjenme ver si puedo ayudarles a encontrar su..."

El resto de las palabras se perdieron cuando una mano delgada se aferró a su brazo y le dio la vuelta. "Maldita seas, esposa. ¿Por qué no estás en casa? ¿Y qué haces besuqueándote con el pirata?"

Elizabeth se quedó boquiabierta al ver la cara manchada de hollín de un herrero alto y enjuto.

"Pero...", se las arregló para soltar, "pero no soy tu mujer".

"No empieces con eso. Ya hemos pasado por esto, ¿no? Ahora, deja de avergonzarnos y vete a casa".

Miró al montañés, que contemplaba sorprendido lo que seguramente consideraba un error. Los tres niños seguían tirando de las faldas y la capa de Clare, gritando y exigiendo cosas. El

hombre que decía ser su marido llevaba un pesado delantal de cuero, y el agarre de su brazo daba fe de su oficio.

"Déjame ir", gritó.

En lugar de soltarla, el hombre empezó a arrastrarla.

Elizabeth no entendía cómo estaba ocurriendo, pero estaba claro que se encontraba en una situación desesperada. Miró desesperada hacia Alexander Macpherson. Estaba de pie, con la mano en la empuñadura del puñal que llevaba al cinto, mirando a los niños y aldeanos que empezaban a agolparse a su alrededor.

"Haz algo, Highlander. ¡Por favor! No soy su esposa".

Nadie parecía dispuesto a involucrarse, Macpherson incluido. Se limitaba a permanecer de pie con una expresión en el rostro que ella no podía descifrar.

Cuando dos guardias del castillo aparecieron de repente al borde de la muchedumbre, Elizabeth se puso en pie y les gritó. La multitud enmudeció y se separó, pero los hombres no intentaron acercarse.

"Ayúdame", suplicó. "Tú me conoces. Soy una de las damas de compañía de la reina. Dile a este hombre que me deje ir. Aquí pasa algo muy grave".

Los guardias se miraron y Elizabeth pensó que parecían divertidos. La furia y la indignación empezaron a desplazar su miedo. Cuando volvieran todos al castillo, se aseguraría de que les hicieran pagar un infierno.

"¿Cómo te llamas, muchacha?", preguntó uno de ellos, levantando la mano para protegerse los ojos de la lluvia.

Elizabeth los miró boquiabierta. La conocían. Seguro que la conocían. Pero no podía decir su nombre. Si lo decía ahora, el montañés la oiría y todo estaría perdido.

"Clare... Clare Seton", respondió en voz más baja de lo que había gritado pidiendo ayuda.

El guardia la miró y negó con la cabeza. "Acabamos de ver a Mistress Clare en la abadía. ¿Puede ser que seáis dos?"

La reina le aseguró que los guardias estarían allí para protegerla. Que se les informaría del plan. Algo debió salir mal. ¿Le habían tendido una trampa sus propios amigos?

Por encima de las cabezas de la multitud, Macpherson observaba atentamente, inmóvil como una estatua de bronce. Oyó las risas de algunas de las personas que la rodeaban.

El herrero seguía sujetándola por el brazo. La lluvia seguía cayendo, golpeándole la cara. Luchando contra su agarre, sintió un frío miedo que le recorría la espalda.

Su mirada se desvió hacia el montañés. Una mirada de sospecha se había dibujado en sus rasgos. Estaba claro que esperaba su respuesta a la acusación del guardia.

Fue inútil. La estratagema no había funcionado de todos modos. Tenía que renunciar. Decir la verdad.

"Muy bien", llamó finalmente a los dos hombres del castillo. "Soy Elizabeth Hay. Sabéis quién soy. Ordenad a este hombre que me libere".

Los guardias se marcharon antes de que terminara de hablar.

"¿Adónde vas?", gritó. "Ayudadme. ¡Alto!"

El horror que le produjo darse cuenta de que no iban a ayudarla duró sólo un instante. El pánico que lo sustituyó le hizo arder la sangre al instante.

Volviéndose contra el herrero, forcejeó intentando liberar su brazo.

El agarre del hombre resbaló y ella cayó hacia atrás, patinando en el barro y esparciendo media docena de ovejas. Pero no hubo tiempo de escapar. El herrero volvió a agarrarla antes de que pudiera ponerse en pie.

Cuando la puso en pie, Elizabeth vio que el camino había estallado en una reyerta. El montañés parecía estar luchando contra todo el pueblo. Dos brutos que habían estado esperando a que empezaran los problemas eran los principales enemigos de Macpherson, intercambiando golpes con él mientras las mujeres y los niños del pueblo se arremolinaban a su alrededor.

El mundo se había vuelto loco.

"El de'il", murmuró el herrero, con los ojos muy abiertos por el pánico. "¿Y ahora qué?"

De pronto, él la arrastraba hacia el río tan rápido como podía, y Elizabeth se dio cuenta de que se alejaba cada vez más de la única persona que podía ayudarla. Gritando por el Highlander mientras luchaba por liberarse, lo vio desaparecer bajo la multitud y los dos enormes hombres.

Su secuestrador sólo se detuvo cuando llegaron a una barca, atada a una estaca a la orilla del río crecido. Los tres niños que fingían ser suyos habían desaparecido. Ahora sólo quedaban Elizabeth y el herrero, si es que realmente era eso. Nadie sabría nunca qué había sido de ella.

El herrero la empujó al bote y ella se desplomó en el fondo, aturdida por un golpe en la cabeza al aterrizar. Antes de que pudiera reaccionar, él la empujó y saltó a la barca.

Mientras luchaba contra el viento para meter los remos en las esclusas, la rápida corriente los alejaba de la orilla y los llevaba rápidamente río abajo. La embarcación se balanceaba y se estremecía en las furiosas aguas, que entraban a raudales por los costados.

Furiosa consigo misma por pensar que las mentiras y los engaños tendrían éxito, Isabel maldijo su decisión de seguir el plan de la reina. Lo que estaba ocurriendo era simplemente un castigo divino. Había perdido la cabeza y ahora pagaba por ello.

Capítulo Cinco

NO ERA la mujer de un herrero.

El grito de pánico de la mujer se abrió paso entre el rugido del viento y los gritos de los aldeanos que impedían que Alexander llegara hasta ella. Y eso era exactamente lo que estaban haciendo. No luchaban contra él, sino que lo retenían mientras el canalla se llevaba a Elizabeth a rastras.

Y ella era Elizabeth Hay. Aunque nunca se habían visto hasta hoy, coincidía con todas las descripciones que tenía de ella. Además, no le costaba imaginar a un tipo aburrido de la corte haciendo algo así de escandaloso: hacerse pasar por otra persona para encontrarse con él a escondidas.

Pero por qué tuvieron que aventurarse en medio de un vendaval seguía siendo un misterio.

"Ayúdame, Highlander", gritó por encima de los berridos y el tiempo.

Pasara lo que pasara, el herrero la estaba arrastrando fuera de su vista hacia el río.

Basta ya.

Con un rugido, apartó de sí a un grupo de aldeanos que se aferraban a él. Uno de los dos fortachones de la turba se abalanzó sobre él. El puño de Alexander conectó con la mandíbula cuadrada y el monstruo cayó. Empujando al siguiente atacante hacia la multitud que avanzaba, corrió hacia él, saltando por encima de los fustes y las huellas de un carro tirado por burros y corriendo en dirección a los gritos de Elizabeth.

Al llegar a la orilla inundada del río, Alexander vio que la barca que transportaba al herrero ya se había adentrado en la furiosa corriente. Al principio no vio ni rastro de Elizabeth, pero entonces la punta de una cabeza dorada apareció por encima de la borda.

La lluvia racheada le golpeaba la cara como agujas mientras corría por la orilla del agua. El bote daba vueltas sin control. Estaba claro que el herrero no era un hombre de agua. Estaban lejos de la orilla y a punto de desaparecer en la curva del río.

Alexander conocía esta vía fluvial. Atravesaba la tierra baja y llana bajo el castillo y se ensanchaba rápidamente entre éste y el estuario del Forth. Dándole la espalda, cortó por la protuberancia de tierra formada por el bucle del río. Momentos después, llegó de nuevo a la orilla.

El barco aún no había aparecido por la curva. Pasaban flotando ramas de árboles, barriles y secciones enteras de un muelle o un puente. Un maltrecho coraclo volteaba y patinaba sobre la superficie, arrastrado por el viento. La tormenta era tan violenta que ni siquiera podía ver la otra orilla. Sin vacilar, se zambulló y empezó a arrastrarse hacia el centro.

Mientras sus fuertes brazadas lo llevaban a través de la agitada espuma marrón cortada por el viento, Alexander se dio cuenta de que aquello era una confirmación más de que ella no podía

ser otra que Elizabeth. Su próxima boda era una gran noticia en Stirling. Estaba claro que alguien había decidido secuestrar a la novia, suponiendo que Alexander pagaría generosamente por recuperar a su futura esposa.

Quienquiera que fuera la brillante mente maestra detrás del plan, obviamente no lo pensó muy bien. Después de todo, era el pirata Alexander Macpherson; él era quien exigía los pagos. El Gato Negro de Benmore no pagaba a nadie.

Nadando con fuerza, subió a la cima de una marejada justo cuando el barco aparecía a la vista. Elizabeth estaba de pie, intentando luchar contra su captor, pero el herrero la empujó de nuevo hacia abajo. Su cabeza se hundió bajo la borda. La embarcación se inclinó al girar con la corriente y Alexander pensó por un momento que estaba a punto de hundirse.

Cuando llegó hasta él, la barca seguía moviéndose con rapidez. Alcanzó la borda, agarró el delantal de cuero del hombre y lo tiró al agua. El impulso del hombre los hundió a ambos y la corriente los arrastró por debajo de la barca.

Alexander perdió el agarre de la camisa del hombre y recibió una fuerte patada en el pecho, empujándolo a las profundidades del río. Los habitantes de Stirling lo llamaban Abhainn Dubh, el Agua Negra, y con razón. No podía ver nada.

Pateando hacia arriba, estaba listo para la batalla. Al romper la superficie, estaba junto al barco, pero no había rastro del secuestrador. Tomando aire, giró en el agua y vio al canalla nadando con fuerza hacia la orilla.

Malditos Lowlanders. No hay lucha en ellos en absoluto.

Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, Alexander se agarró a la borda y empezó a subir.

Vio el remo balanceándose sobre su cabeza al mismo tiempo que veía el rostro consternado de Elizabeth. Era demasiado tarde. Oyó un fuerte crujido. Un instante después, el mundo se volvió negro.

Condenación. Desastre.

"¡Oh, mi Señor! ¿Qué he hecho?"

El remo cayó al río y Elizabeth agarró la camisa y el tartán del Highlander antes de que éste pudiera volver a deslizarse por las aguas torrenciales. Mientras intentaba tirar de él, una ráfaga de viento la golpeó por detrás, casi empujándola por la borda.

Pesaba mucho. Dicen que los muertos pesan más que los vivos.

"Vamos, Highlander", jadeó. "Despierta. No estés muerto".

Elizabeth sintió que retrocedía un poco, pero no iba a ceder. Si no estaba muerto, no podía dejar que se ahogara. Tirando, tirando, se tambaleó mientras el bote se mecía locamente bajo sus pies, tomando más agua.

Miró horrorizada la profundidad del agua en el fondo. Estaban condenados.

"¿Por qué tienes que ser tan condenadamente grande?"

Se preparó y se levantó justo cuando una ola levantaba su cuerpo. Consiguió meterle la cabeza y los brazos en la embarcación y se detuvo para recuperar el aliento. El viento le revolvía el pelo mojado en los ojos y se lo echó hacia atrás con una mano mientras se aferraba a su tartán con la otra. No tenía ni idea de cómo podría meterle en la barca, y él tiraba de ese lado peligrosamente hacia abajo.

Macpherson gimió.

"¡Gracias a Dios!", jadeó.

Ella tenía que salvarle. Había salido a un río embravecido para rescatarla, y esta era su recompensa.

"No quería que pasara esto. Lo siento mucho. De verdad, lo siento."

Se estiró hacia él y le agarró el grueso cinturón. Empezaba a sentir como si el cielo la azotara. Las ráfagas seguían azotándola. Estaba empapada hasta los huesos y se sentía agotada, pero ahora no podía pensar en eso. Era responsable de él. Ella era la responsable de haberle metido en este lío.

"Podemos hacerlo. Pero tienes que ayudarme", suplicó a la guerrera, tirando de nuevo en vano. "¡Despierta, gran simio!"

Respirando agitadamente, Elizabeth apoyó la cara contra su cabeza y vio la hinchazón y el corte sobre la sien.

"Lo hice. Sé que lo hice", le susurró al oído. "Pero no vas a dejar que un pequeño golpe te desanime, ¿verdad? Muéstrame algo de ese espíritu de las Highlands".

Volvió a gemir y un tobillo calzado subió por la borda. Al mismo tiempo, la barca se inclinó aún más, y ella se quedó helada mientras entraba más agua.

"Nos vamos a ahogar", murmuró. "Pero al menos lo haremos en la seguridad del barco. Seguid viniendo".

Se estiró para ayudarle y se agarró a la falda escocesa. El barco volvió a cabecear y el paño de lana se subió por encima de sus piernas. De espaldas, Elizabeth se encontró con un culo desnudo y musculoso. Parpadeó, incapaz de apartar la mirada.

"No hay tiempo para eso", murmuró ella, enderezándose y tirándole del cinturón.

Esta vez funcionó, y Elizabeth cayó hacia atrás mientras él rodaba por la borda.

Por desgracia, funcionó mucho mejor de lo que ella esperaba. Su cabeza descansaba como una piedra sobre su pecho, con el pelo en la cara de Elizabeth. Su cuerpo cubría el resto de ella, inmovilizándola y sumergiéndola en el agua que chapoteaba en el fondo de la barca, excepto la cara.

"No, Highlander. Esto no servirá".

Le dolía la cabeza. Quería dormir. Pero la molesta bestia marina le había arrastrado a las profundidades. La criatura debía tener una docena de manos y pies. Le daba patadas, le apretaba, le pellizcaba, le pinchaba en las costillas, le tiraba del pelo. Intentó agarrar los apéndices que le atacaban, pero el Kraken tenía demasiados para contenerlos.

"¡Highlander!"

Alguien le gritaba al oído. No podía responder, no hasta que hubiera domado al demonio.

Los pies. Atrapó un par de ellos. Las manos. Había demasiadas. Gruñó cuando la criatura le clavó los dientes en la oreja. Levantó la cabeza y se obligó a abrir los ojos.

Estaba cara a cara con una mujer.

"¡Por fin!", le gritó a la cara. "Nos estamos ahogando. Tenemos que salir de este barco. Oh, Señor. Enfoca tus ojos."

El pequeño bote, la mujer, cómo había llegado hasta aquí... todo le vino a la memoria de golpe. La criatura problemática de su sueño no era el Kraken. Era Elizabeth.

"Por favor, dime que estás despierto".

La cabeza le latía con fuerza. ¿Por qué insistía en gritar?

"Tranquila, muchacha", ladró él, igualando la agudeza de su tono. "No estaba dormido. Me diste un remo en la cabeza".

"No sabía que eras tú".

Antes de que pudiera responder, su rostro se hundió bajo la superficie del agua que chapoteaba. Salió un momento después, balbuceando y golpeándole en la frente. Creyó que el cerebro le iba a estallar.

"¿Estás intentando noquearme otra vez?"

"Tonterías, bestia ignorante. Me estoy ahogando".

¿Se ahogaba? Todo a su alrededor seguía borroso. Parpadeó, repitiendo lo que ella había dicho.

Por supuesto. Seguían en el bote. Los dos estaban tirados en el fondo, y ella estaba atrapada debajo de él, trabajando duro sólo para mantener su cara por encima del agua. La maldita cosa estaba casi llena de agua.

Sólo haría falta una ola más fuerte. Entonces la embarcación se iría al fondo, y quedarían flotando en el río.

"¿Dónde estamos?" Volvió a ponerse de rodillas. "¿Cuánto tiempo estuve fuera?"

Se incorporó, agarrándose a los bordes mientras él miraba a su alrededor. Una ráfaga de lluvia le abofeteó la cara. Estaban en medio de una tempestad en toda regla.

"No lo sé", respondió ella, tratando de sacar las piernas de debajo de él. "Estaba demasiado ocupada salvándote la vida para prestarte atención".

Una vez que estuvieran fuera de este lío, tendría algunas cosas para sermonearla, empezando por ese punto.

Alexander entornó los ojos hacia la orilla del río a ambos lados. El río se había ensanchado considerablemente, aunque con las láminas de lluvia y casi a oscuras, era difícil ver exactamente a qué distancia se encontraban de cada orilla. El viento aullaba, levantando olas y amenazando con hundirlos en cualquier momento. Tenían que estar por debajo de la abadía, pero era difícil saber a qué distancia.

"¿Dónde están los malditos remos?", preguntó mirando a su alrededor.

"Eran ellos o tú", respondió por encima del viento. "Decidí quedarme contigo".

Quizá no sea demasiado duro en su sermón.

Chocaron contra unos maderos medio sumergidos y la corriente empujó la embarcación hacia un lado. No hizo falta más. Se hundieron y Alexander la agarró del brazo.

"Nada hasta la orilla", ordenó. Señaló lo que parecía ser la orilla del río.

No tuvo oportunidad de decir nada más. El barco se hundió bajo ellos, desapareciendo en las aguas negras y dejándole pataleando para mantener la cabeza por encima de la superficie. Luchando contra la corriente, la buscó. No la veía por ninguna parte.

"Elizabeth", gritó cuando su cabeza asomó a unos metros de distancia. Tan rápido como apareció, volvió a hundirse.

Nadando con fuerza, redujo la distancia. Ella salió a la superficie, agitando los brazos mientras él la alcanzaba. Cuando empezó a bajar de nuevo, él la agarró por la espalda y la levantó.

Jadeando, le rodeó el cuello con los brazos. Clavaba los pies en sus muslos, intentando trepar por su cuerpo.

"Tranquila, muchacha. Flota con la corriente", le ordenó, tratando de aflojar su agarre mortal sobre él.

"No sé flotar", gritó, agarrándose aún más fuerte. "¡No sé nadar!"

Por supuesto. ¿Qué necesidad tendría un mimado habitante de un castillo real de una habilidad de supervivencia tan básica?

Una ola se abalanzó sobre ellos, sumergiendo las cabezas de ambos. Ella estaba prácticamente sentada sobre sus hombros cuando él consiguió salir a la superficie. La hizo girar en el agua y le cruzó el pecho con el brazo. Cuando él empezó a patallar hacia la orilla, ella siguió luchando contra él. Pero por la menor profundidad de los arañazos que le hacía en el brazo, supo que empezaba a cansarse.

"Te tengo, Elizabeth", le dijo al oído. "Confía en mí."

Ella le oyó y dejó de luchar. Giró la cabeza y le miró por encima del hombro. Durante un breve instante, sus miradas se cruzaron. Su rostro había adquirido un tono ceniciento, sus labios estaban azules y temblorosos. Su cuerpo seguía preso de un espasmo de miedo.

"Te lo prometo. No dejaré que te ahogues", dijo.

Sintió que ella empezaba a relajarse contra él, dejando que la sostuviera.

Los rodeaba una cortina de lluvia y olas azotadas por el viento, pero Alexander hizo todo lo posible por evitar que el agua le bañara la cara y aumentara su miedo. Evitando los escombros, nadó en dirección a tierra, o a lo que debería haber sido tierra.

Avanzaron a través de la corriente que los llevaba rápidamente río abajo. Todo lo que podía ver era agua marrón agitada fluyendo sobre lo que deberían haber sido campos.

Tras dos días de lluvias torrenciales y esta tempestad, el río se había desbordado. Más allá, los bosques no eran más que una turbia mancha negra en la luz gris verdosa. No podía ver nada de la cadena montañosa cubierta de pinos del norte.

Sus botas tocaron el fondo, pero la corriente seguía siendo fuerte en las aguas menos profundas. Llegó hasta los muslos antes de considerar seguro soltar a Elizabeth. Elizabeth tenía los ojos muy abiertos mientras contemplaba el paisaje que les rodeaba. El viento -aún más fuerte ahora- los azotaba, y Alexander la cogió de la mano mientras vadeaban el lago de agua en movimiento hacia los bosques negros y las tierras más altas.

La luz del día se desvanecía rápidamente, pero incluso en el tormentoso crepúsculo, casi todo estaba inundado hasta donde alcanzaba la vista de Alexander. A lo lejos, podía distinguir la corona de una meseta, que se erguía como una pequeña isla sobre las praderas inundadas.

"No es un viaje fácil. Lo estás haciendo bien", animó.

"Gracias por no arrancarme la cabeza".

"Ya tendremos tiempo para eso más tarde", dijo él, mirando al frente y fingiendo ignorar la mirada que ella le enviaba.

"Pido disculpas por mentir sobre mi nombre."

Alexander la miró. Su capa corría por la corriente. El vestido verde estaba arruinado, negro de agua y barro. La trenza se le había soltado y el viento le revolvía el pelo. La mujer era un desastre. Muy diferente de la belleza impecable que había entrado por la puerta de la taberna no hacía muchas horas. Y aún así, a pesar de todo lo que ya había soportado, Elizabeth estaba mostrando una dureza que él nunca habría esperado.

"También lamento no haber recibido a su mensajero", continuó.

No quería pensar en nada de esto ahora. Su prioridad era encontrar refugio. Siguió adelante. El suelo bajo la riada era blando y traicionero. Ambos resbalaban y luchaban por mantenerse a flote. Cuando llegaron a la colina, la luz había desaparecido y ella se arrastraba. El agua se amontonaba contra una roca en la base de la colina. Agarrándose a ella, la ayudó a subir a tierra firme.

"Y me disculpo por abrirte la cabeza con el remo".

Tenía que darle crédito por eso. Ella balanceó esa madera tan bien como cualquier muchacha de las Tierras Altas podría haberlo hecho.

Juntos subieron la pendiente. Protegiéndose los ojos del viento, miró a su alrededor para orientarse. No veía nada del campo que sabía que había sido víctima del río. La tormenta no daba señales de amainar. Alexander se preguntó si este refugio quedaría cubierto por la crecida del río antes del amanecer.

Un tejado de paja apareció bajo la corona de la colina. Casi tropiezan con él antes de verlo. Era una cabaña de ovejas con tres paredes de turba desmoronadas y un tejado de paja que se había derrumbado hacía tiempo.

Elizabeth se hundió en un bloque de piedra en una de las esquinas del edificio. "¿Hay algo por lo que me haya olvidado de disculparme?"

Alexander se agachó y tanteó la zona a lo largo de una pared lateral donde el tejado aún proporcionaba un poco de protección. El rincón era pequeño, pero lo bastante grande para los dos, relativamente seco y protegido del viento.

"Bueno, ¿tienes algo que decir?", preguntó ella, poniéndose en pie cuando él salió.

"Sí". Tomó su mano y la condujo a la entrada de la casucha. "Bienvenida a tu nuevo castillo".

Capítulo Seis

SI ÉL SUPIERA cómo percibía ella ahora las Tierras Altas y el hogar ancestral de los Macpherson después de todos sus viajes.

"Sí, milady", dijo. "Bienvenida a tu futuro".

Oh, Señor. Tal vez lo sabía.

Aun así, Elizabeth no necesitó que la empujaran para entrar en medio de la furiosa tempestad. El lugar olía a oveja, lo que resultaba curiosamente reconfortante. Sin embargo, cuando se sentó en el rincón seco, su sensación de alivio por estar a salvo del viento y la lluvia dio paso rápidamente a los recelos por la situación en la que se encontraban. El plan, por mal concebido que estuviera, no podía haber salido peor. Ahora estaba atrapada en medio de una inundación con su Highlander, pirata, salvador y futuro marido. Los dos, solos en un montículo aislado de barro. Su reputación estaba arruinada. Francia se había ido. Sus sueños de independencia se habían perdido. Elizabeth deseaba poder creer en una pizca de la felicidad para siempre que imaginó la reina Margarita.

Frunció el ceño y observó cómo Alexander tiraba puñados de paja y listones de madera del tejado. Se quedó callada al darse cuenta de que estaba intentando encender un fuego.

Aunque era pleno verano, estaba helada hasta los huesos. El agua le goteaba por la barbilla y la nariz, y toda su ropa estaba empapada y sucia. Se apartó el pelo de la cara y se quedó mirando fascinada a su futuro marido.

Estaba agachado junto a la abertura del aprisco. Mientras trabajaba, sacando chispas de un pedernal con su puñal, la camisa mojada se extendía sobre la masa de sus músculos, amoldándose a su ancho pecho y hombros como una segunda piel. El pelo se le había soltado y le caía por la espalda. La falda escocesa le colgaba de las piernas. Sabía que aquellas piernas eran todo músculo y tendón: duras, esculpidas, poderosas. La mirada de Elizabeth se dirigía incontrolablemente hacia ellas cada vez que él se agachaba. Se le secó la boca. El lecho conyugal sería la menor de sus dificultades. Y su cara. Su cara.

Mierda y fuego del infierno. Él la miraba inspeccionándolo.

"Estás temblando tanto, muchacha, que se te van a caer los dientes".

Intentó que no le castañetearan los dientes, sin éxito, y vació su mente de todas las imágenes de su cuerpo. También sin éxito. Mantuvo la mirada fija en las pequeñas llamas que él avivaba. Teniendo en cuenta el extremo abierto del edificio y las ráfagas ocasionales de viento húmedo que se arremolinaban, no albergaba esperanzas de que sus esfuerzos sirvieran de mucho para calentarla. A él no parecía afectarle nada.

Un día normal en las Highlands.

"Quítate la ropa. Estarás más caliente desnuda que llevando todas esas cosas mojadas".

Desnudos. Las imágenes de los dos desnudos, para calentarse, le provocaron un delicioso calor en el vientre. Oh, no, eso no estaba ocurriendo.

"Estoy perfectamente caliente." Apoyó la espalda contra la pared. Para demostrarlo, se quitó la capa y se la puso sobre las rodillas. Sólo empeoró la miserable humedad.

Rompió uno de los trozos de madera en astillas y lo echó al fuego. Mientras soplaba la pequeña llama, Elizabeth se estremeció y se subió la prenda hasta la barbilla. No tenía remedio. Moriría de frío antes de que acabara la noche.

Se quedó helada cuando algo se le subió al hombro. El viento, la lluvia y la muerte por frío se olvidaron al instante. Su cuerpo ardió. Supo lo que era antes de verlo por el rabillo del ojo. Una serpiente.

No sólo una pequeña serpiente. Era un monstruo. Larga y marrón, sus ojos brillaban. Una lengua negra salió disparada y su cabeza se balanceó amenazadoramente. Una víbora. ¡Era una mujer muerta!

Elizabeth se levantó de un salto y se apartó de la pared, gritando. Seguía sobre su hombro, con la cola alrededor del cuello y unos ojos demoníacos mirándola a la cara.

Empujó la cabeza de la criatura mientras se lanzaba hacia Alexander, que ahora estaba de pie junto al fuego. Antes de que pudiera alcanzarlo, la víbora se lanzó hacia su cuello y encontró una abertura por encima del collar. Su cabeza desapareció y el resto la siguió rápidamente. Chilló y rasgó el escote del vestido, abriendo las costuras. Cegada de terror, tiró y tiró, luchando contra su ropa.

Alexander la tenía agarrada por los hombros. "¿Qué pasa?"

"Una víbora", gritó. "¡En mi vestido! ¡Sácala!"

Agarrando el escote con ambas manos, desgarró la prenda con un solo movimiento y se la metió por los brazos.

La víbora había encontrado la parte superior de su turno y bajaba rápidamente entre sus pechos.

"Estate quieto. Déjame cogerlo".

No podía. Daba vueltas y saltaba, intentando liberarse de la criatura. La mano del Highlander bajó por la parte delantera de su camisa y ella sintió su brazo contra sus pechos. Y entonces, el monstruo desapareció.

"Lo tengo", le dijo Alexander. "Cálmate. Estás bien".

Abrió los ojos y se miró los pechos descubiertos. Había desaparecido. Se había ido de verdad. Sujetaba a la serpiente por la cabeza y la vio enroscarse en su brazo como un látigo.

Elizabeth se subió la bata para cubrirse. Su cuerpo se estremeció violentamente.

"No es una víbora". Acercó a la vil criatura.

"No", gritó, dando un paso atrás. Pero su espalda chocó de inmediato contra la pared y se dio la vuelta, segura de que iba a ser atacada por otra docena de serpientes. No tenía adónde ir. Ningún lugar al que escapar. Nunca había estado tan cerca de una serpiente. Tal vez había más de ellas sobre ella. Golpeándose la falda, intentó subirse el vestido. Toda la parte delantera estaba abierta. Se lo cerró sobre el pecho.

"Ya que vives aquí", decía, "deberías aprender la diferencia".

"No vivo con serpientes ni ovejas". Sonaba estridente, pero era natural dadas las circunstancias.

"Vives en Stirling. No puedes encerrarte tras los muros del palacio".

"No me encierro detrás de nada. Y esto no es un paseo por los jardines. Esto es el campo. Y odio el campo".

"Mira esa maldita cosa. No puede hacerte daño, muchacha".

"Esto es una locura. Todo el mundo sabe que una víbora puede matarte".

"Te digo que no es una víbora".

El Highlander sostenía la serpiente, pero no la acercaba. La criatura estaba enrollada alrededor de su muñeca. Claramente, él no iba a deshacerse de esta asesina hasta que ella prestara atención.

Incluso cuando se obligó a mirar, Elizabeth tuvo que admitir que él había sido bastante heroico al acudir tan inmediatamente en su ayuda. Dos veces, en el río y ahora aquí.

"Entonces, ¿qué es?"

"Un gusano lento".

Miró su tamaño. Era al menos el doble de largo que su brazo. Sintió que intentaba rodearle la cintura.

"Eso no es un gusano".

"Un gusano lento", volvió a decir. "No puede hacerte daño, pero tenías razón al tener miedo. Y tú tenías razón al pensar que era una víbora. A menos que alguien la viera bien, cualquiera podría cometer el mismo error".

Inesperadamente, una sensación de calidez fluyó a través de ella. El montañés no la estaba ridiculizando por su respuesta. Le miró a los ojos, hermosos y serios bajo la luz mortecina.

"Entonces, ¿cómo se puede distinguir uno de otro?"

Lo acercó. Esta vez, el impulso de salir corriendo y gritando del cuchitril no fue del todo abrumador.

"No tiene ninguna de las marcas de víbora en la espalda", explicó. "¿Lo ves? Tiene una raya oscura, no un rayo negro. Todavía puede darte un buen mordisco, pero no es venenoso".

Miró por encima de su hombro, todavía preguntándose si había más de ellos. "¿Qué está haciendo aquí?"

"Tratando de salir de la lluvia, como nosotros."

Elizabeth se estremeció, segura de que ahora habría más visitantes indeseados. El montañés salió y bajó la serpiente por la colina.

"¿Por qué has hecho eso?", preguntó, sintiéndose aliviada pero, al mismo tiempo, extrañamente apenada por aquello.

"Eras tú o él. Te elegí a ti".

El encanto pirata. Todo lo que se decía era cierto.

Alexander volvió a hurgar en el fuego y Elizabeth bajó la mirada hacia las aberturas de su vestido. Él le había tocado los pechos al ir a buscar la serpiente, pero ni una sola vez lo había visto mirarla lascivamente o hacer algún comentario al respecto.

Se apretó el vestido contra el pecho y tembló. Tenía mucho frío, pero dudaba que la capa húmeda y embarrada que tenía a los pies le diera calor.

"¿Cuánto crees que durará la tormenta?", le preguntó mientras se ponía en pie.

"No hay forma de saberlo. He visto vendavales como este que tardan días en desaparecer. Debe haber sido terrible para la gente del interior".

"¿Qué quieres decir?"

"Toda esta agua vino de río arriba. Y aunque deje de llover ahora, la inundación podría empeorar antes de que retroceda. Y eso sin tener en cuenta la marea".

Elizabeth se lo pensó. Todo aquello significaba que ella y el montañés iban a pasar algún tiempo juntos. Quizá la naturaleza le estaba dando la oportunidad que había perdido en el pueblo. No más fingimientos. No más mentiras. Ahora tenía la oportunidad de razonar con él, de

demostrarle que nunca sería una buena esposa. Esta era su oportunidad de conseguir que la liberara del contrato matrimonial. Al diablo con su reputación. Suficiente gente había sido testigo de cómo se había visto atrapada en este dilema.

Apilando unos cuantos trozos más de leña astillada en el fuego, Alexander se dirigió a su rincón seco y se sentó en el suelo de tierra compactada. Apoyó la espalda contra la pared, se quitó las botas y estiró sus largas y musculosas piernas. Ella se obligó a no quedarse mirando.

"Ven y siéntate". Palmeó el suelo a su lado. "Prometo mantenerte a salvo de serpientes y otras alimañas".

"Estoy bien donde estoy", respondió, sin confiar en sí misma. Su voz había adquirido un tono ronco.

El cielo nocturno había adquirido un tono extraño. Era más brillante que la negrura de una noche sin luna. Aun así, incluso con la luz que desprendían las vacilantes lenguas de fuego, era difícil verle la cara.

De repente, Elizabeth sintió la necesidad de hablar. Si quería aprovechar bien el tiempo que pasaban juntos, tenía que corregir cualquier malentendido ahora.

"Quiero explicarte por qué vine a verte a la taberna", empezó. "Por qué fingí ser Clare Seton".

Su mirada estaba fija en el fuego.

"Era un plan tonto, ahora lo sé. Pero... pero la idea era hacerte ver a Clara y su intención y pensar que era yo y... y hacerte creer que mi corazón pertenecía a otra persona".

Levantó la vista hacia ella. "¿Por qué? ¿Qué esperabas conseguir?". Su tono era civilizado, pero su expresión era indescifrable.

"Quería que te alejaras de nuestro acuerdo matrimonial".

"¿Qué había de malo en conocerme en persona? ¿Por qué no podías simplemente decírmelo?".

Razón. Por supuesto, eso habría sido lo lógico. Pero, ¿cómo explicarle que una cosa así requería valor y que en ese momento no confiaba en él para iniciar la ruptura? ¿Que había mucho en juego y ella no pensaba con claridad?

"Debería haberlo hecho", dijo finalmente. "Habría sido lo más sensato. No quiero casarme contigo".

Allí. Estaba fuera. Ella le había dicho la verdad. Al menos, parte de ella. No le contó que no quería desafiar a su padre, ni el futuro que imaginaba para sí misma. Él miraba de nuevo al fuego. Ella estudió su rostro. No había ningún cambio en la forma relajada en que estaba sentado contra la pared.

Levantó la vista hacia ella y algo en su expresión le dijo a Elizabeth que el hombre se sentía aliviado.

"Entonces... ¿estás bien con esto?"

Sus ojos brillaban en la oscuridad.

"Sí", dijo, levantando una rodilla y apoyando un brazo en ella. "¿Por qué crees que estaba tan impaciente por verte estos dos últimos días? Incluso te envié una carta con mi escudero esta tarde. Pasó junto a ti con ella cuando entraste en la taberna".

"¿Qué decía la carta?", preguntó ella, deseando que él se lo dijera. No quería suponer nada.

"No siento ningún deber hacia el acuerdo que nos une. Ese trato se hizo hace décadas, y ambas familias ya se han beneficiado de él. Y a cambio de mi libertad, te daré una considerable suma de oro para que hagas lo que quieras".

"¿No quieres casarte conmigo?"

"Que me aspen si lo hago. Tú no quieres casarte conmigo, y yo tampoco quiero casarme contigo", respondió, con cara de haber ganado el cerdo premiado en la feria. "Puedes elegir a quien quieras, mientras no sea Alexander Macpherson".

Capítulo Siete

SI SE TRATARA de un *ceilidh*, Alexander estaría encantado de guiar a Elizabeth en un baile del que necesitaría quince días para recuperarse.

Un momento después, sin embargo, su entusiasmo empezó a decaer. Ella se quedó mirando el fuego, y él pensó que tal vez había sido demasiado brusco al decirle la verdad.

Tal vez fuera el momento. Hacía cinco años que Elizabeth estaba en edad de casarse. Pero él había pospuesto ir tras ella. Había encontrado muchas excusas para posponer lo que se esperaba de él. El hecho de que él fuera de las Tierras Altas y ella de las Tierras Bajas era sólo el principio del abismo que los separaba. Sus tradiciones, su educación, las vidas que habían elegido, todo ello los separaba. Conocía a demasiados terratenientes de las Tierras Altas a los que el rey había obligado a contraer matrimonio político con mujeres de la corte de las Tierras Bajas. Y ninguno de ellos parecía más feliz por ello. Su compromiso con Elizabeth había sido arreglado por su familia, pero ella había sido criada como el resto de ellos.

Resultaba extraño que el río Spey, justo debajo del castillo de Benmore, también se hubiera desbordado con las crecidas de primavera, cuando los ancianos del clan Macpherson habían venido a hablar con él sobre el matrimonio. Como laird, se esperaba que Alexander tuviera herederos. Sabía lo que querían, pero no deseaba traer a su seno a una esposa mal elegida. Y con su educación cortesana y sus expectativas de lujo, estaba seguro de que Elizabeth Hay nunca lo haría. Con contrato o sin él, había llegado el momento de liberar a la mujer. Y así había venido a Stirling.

Alexander la vio dirigirse al umbral del aprisco con su capa y sacudirla con ferocidad. Se dijo a sí mismo que debía alegrarse. El asunto estaba resuelto, y mucho más fácilmente de lo que había esperado. En cuanto acabara aquella maldita tormenta, la llevaría de vuelta a su vida en compañía de la reina, terminaría sus otros asuntos y seguiría su camino.

Había muchas chicas buenas en las Tierras Altas. Mucho más adecuadas.

Levantó la cara ante la implacable lluvia y el viento, y Alexander se encontró admirando sus labios entreabiertos, las hermosas líneas de su cuello. Sujetó la capa contra su pecho y él recordó el tacto de su piel sedosa, la plenitud de sus pechos cuando le sacó el dichoso gusano lento de la camisa.

Elizabeth era una mujer llamativa. No podía discutir eso.

Sin embargo, la irritación le molestaba. Ella había intentado engañarlo, engañarlo para que se alejara de la boda.

No seas tonto, se dijo a sí mismo. Quería romper el contrato tanto como ella.

Pero, ¿por qué iba a querer romper el acuerdo? Tenía mucho que ofrecer. Y no era sólo su nombre y su riqueza. Las mujeres lo consideraban suficientemente atractivo. Maldita sea si no

había una hija de un cacique en las Tierras Altas que no acudiera gustosa a su cama si él le guiñaba un ojo.

Pero Elizabeth no era una Highlander.

Por todos los diablos, le había abierto la parte delantera del vestido y no se la había llevado a la cama. Sus gloriosos pechos, las puntas oscuras, se inclinaban, suplicando ser saboreados. Había necesitado mucho control para mantener los ojos en su cara y no en su pecho. Había querido lanzar el gusano hasta Peebles y luego volver y apretar los labios contra cada curva. ¿Qué haría ella si él lamiera la sal del río en cada centímetro de su sedosa piel? Sus pensamientos sobre el sexo, la respuesta inmediata de su cuerpo a ella, habían llegado demasiado rápido.

Cuando se arremangó la capa y volvió a entrar, un haz de paja se levantó y voló por los aires, dejando un enorme agujero en lo alto. Esperaba que el tejado sobreviviera a la tormenta. Se preocupó por ella. Ya había sufrido mucho. No necesitaba pasar la noche bajo la lluvia.

Se quedó mirando el pequeño fuego. Decidió que necesitaba añadir más trozos de los listones rotos si quería que las llamas desprendieran algo de calor. Tal vez incluso se quitaría el vestido y lo dejaría secar. Cuando empezó a levantarse, Elizabeth cogió un puñado de paja y lo puso encima. Inmediatamente, el fuego chisporroteó y se apagó.

Ella le miró, alarmada, reconociendo su error.

"Dios mío, lo he asfixiado. ¿Puedes empezar de nuevo?"

Fue un error inocente. Pero ella estaba un poco nerviosa. Se preguntó si estaba teniendo el mismo efecto en ella como ella estaba teniendo en él.

"Es inútil. Todo está demasiado mojado". Palmeó la tierra a su lado. "Este es el único lugar seco".

Caminó hasta la esquina opuesta de la cabaña y palpó el suelo. Parecía decidida a llevar la contraria. Frunció el ceño. No era un rasgo que permitiera en sus naves. O tal vez intentaba mantener las distancias. Ya debería conocer sus intenciones. Él no se aprovecharía de ella si no iba a casarse con ella.

Levantó la mano para tantear el tejado y una parte de él cayó sobre su cabeza.

"Maldita sea", maldijo, dando un salto hacia atrás y escupiendo tierra y paja.

Le estaba bien empleado. Alexander permaneció en silencio, observando divertido cómo ella se quitaba el vestido y el pelo, pisoteando el suelo a su alrededor por miedo a que alguna criatura bajara con el resto. Su capa yacía olvidada a sus pies. A su pesar, sus ojos se detuvieron con admiración en la parte delantera del vestido, roto y abierto por delante. Su mirada se cruzó con la de él cuando se dio la vuelta para recogerla. Él lo sabía. Recordó lo que él había hecho por ella. Lo que sus manos habían tocado.

Levantó la vista cuando una ráfaga de viento azotó el edificio, amenazando con arrancar la poca protección que les quedaba. Recogió la capa y corrió hacia donde él estaba sentado.

"La tormenta no está amainando, ¿verdad?"

Alexander no contestó, ni repitió su invitación a sentarse. Permaneció de pie junto a él, y pudo ver que temblaba mucho. Estaba segura de que le daría un escalofrío antes de que acabara la noche.

Algo cayó sobre su cabeza y ella cayó de rodillas a su lado.

"¿Qué pasa?", gritó, revolviéndose el pelo. "¡Por favor! Quítamelo de encima".

Le pasó la mano por el pelo mojado y apartó el trozo de paja. Aspiró el olor a lluvia, a tierra y a mujer. No seas tonto, se dijo de nuevo.

"¿Qué era?", preguntó ella, enderezándose.

Se quedó mirando sus labios temblorosos.

"No quieres saberlo".

Le cogió la mano. Estaba helada.

"Dame el otro", ordenó.

Por primera vez, no se quejó e hizo lo que le decían.

"¿Cómo es posible que tengas tanto calor?", preguntó.

Acomodándose a su lado, con los hombros apenas rozándose, dejó que le frotara las manos entre las suyas. Sus dedos eran largos y elegantes.

"¿Quién es?" Elizabeth miró fijamente sus manos unidas. "¿La mujer con la que planeas casarte?"

"Ahora mismo no hay ninguna mujer", respondió. "Quería terminar el acuerdo entre nosotros antes de decidirme por otra".

Hizo una pausa, pero no le soltó las manos.

"Pero tendré que elegir uno pronto. Tengo una responsabilidad con mi clan".

"¿Por qué has esperado tanto?"

Alexander no iba a fingir que no entendía lo que le preguntaba. La edad a la que uno se casaba era un asunto mucho más importante para una mujer que para un hombre. Y debería haber actuado antes.

"Esperaba que eligieras casarte con otro", admitió. "Decide un marido de entre los hombres de tu círculo. Cortesanos y caballeros. Sirviendo a la Reina Margarita, debes tener una línea constante de pretendientes".

Las palabras habían sonado razonables hace un mes, pero ahora le dejaban un sabor agrio en la boca.

Hizo un sonido parecido a un bufido. "Y así, no tendrías que ofrecer un acuerdo".

"No tienes motivos para pensar tan mal de mí", protestó. "Pensaba y sigo pensando en mantenerte".

Puso los ojos en blanco y apartó las manos, apoyándose en la pared de césped. No era por el dinero. La habían mantenido bien. Había hecho mal en esperar tanto. Tenía derecho a ser liberada antes. Se alegró de que no se fuera.

"¿Por qué no enviar antes una carta?", continuó. "¿O a un representante de tu clan? ¿Por qué has venido a Stirling sin decirme tus planes? Todo el mundo se está preparando para la boda".

Debería haber hecho todo eso, y hace mucho tiempo. Pero no lo había hecho. Alexander la miró a la cara. Su mirada directa. La perfecta simetría de sus ojos acentuada por sus altos pómulos. Los rumores sobre su belleza le habían llegado a lo largo de los años. Tenía que admitir que parte de su razón para no liberarla era su vanidad. Le enorgullecía que los demás supieran que le pertenecía. Pero también estaban sus propios prejuicios sobre lo que imaginaba que era su educación.

Por eso había venido. Para verlo por sí mismo. Pero su negativa a reunirse con él -ni siquiera a aceptar un mensaje de su escudero- había confirmado su decisión.

"Sentí que tenía que explicárselo en persona", le dijo, poco dispuesto a compartir todo lo que tenía en la cabeza, sobre todo ahora que sabía cómo se sentía ella. "¿Y tú? Podrías haber enviado un emisario o una carta".

"No podía desafiar abiertamente los deseos de mi familia. Y además, sabes tan bien como yo que la mayoría de los novios se habrían ofendido ante tal rechazo. No creo que hubiera sido una forma cómoda de empezar un matrimonio".

Ella se llevó las rodillas al pecho y permanecieron sentados en silencio durante un rato. Ella temblaba y Alexander luchó contra el impulso de acercarla a su lado y calentarla con su propio

cuerpo. Fue él quien habló primero.

"Asumo que parte de tu treta sobre Clare Seton y Sir Robert Johnstone es cierta".

Ella asintió. "Sí. Se casarán al final del verano".

Dudó, pero decidió hacer la pregunta que le rondaba por la cabeza.

"¿Hay alguien más en quien hayas puesto tus ojos?"

"Nadie", admitió sorprendida. "Como nuestra inminente unión era bien conocida, nadie ha buscado mi mano. ¿Qué escocés se arriesgaría a atraer sobre sí la ira del Gato Negro de Benmore? Y francamente, no veo que tal cosa ocurra ahora".

Ahora le tocaba a Alexander sorprenderse. ¿De qué otro modo podría describir la extraña sensación de alivio que sintió al oír sus palabras? Pero, al mismo tiempo, quería que se casara, si así lo decidía.

"Entonces, ¿qué tenías en contra de que nos casáramos?", preguntó, a su pesar.

Apoyó la barbilla en las rodillas y se quedó mirando la lluvia torrencial. Necesitaba saberlo. Se negaba a dudar de su decisión. Seguir caminos separados era más fácil para ambos.

"Di lo que piensas", animó. "Esta puede ser nuestra única oportunidad de aclarar las cosas y salir libres".

"Tenía miedo", le dijo.

Frunció el ceño. "¿Me tienes miedo?"

"No de ti". Se encontró con su mirada y la sostuvo. "Tenía miedo del cambio en mi vida. Tengo tres años y veinte y estoy acostumbrada a la independencia que tengo, a ir y hacer lo que quiero.recio la comodidad y la libertad que perdería".

La comodidad de la vida en la corte. No podía darle eso en el norte.

"Por supuesto, también temía tu reputación como pirata. Te imaginaba como un hombre duro. Pero también tenía miedo de tu gente. Pensé en mi futuro como un extraño no bienvenido. No sé nada de dónde vives en las Tierras Altas. Sólo podía imaginar mi vida sola en el castillo de Benmore, rodeada de hostilidad, mientras usted surca los mares... y tal vez morir prematuramente haciéndolo. ¿Cuál sería entonces mi destino?" Sacudió la cabeza.

Aunque era una reputación con la que se deleitaba, sus palabras dolían. Durante décadas, los hombres de su familia habían considerado oportuno confiar el futuro de Elizabeth en sus manos, pirata o no. Pero ella no compartía esa confianza. No creía que él fuera capaz de mantenerla, de protegerla, ni ahora ni en el futuro.

Y no sabía nada de los Macpherson, la amable gente que llevaba décadas esperando dar la bienvenida a Elizabeth entre ellos. Sabían que la creciente fortuna de su clan se había cimentado en el intercambio realizado con el padre de Ambrose Hay. Estaban ansiosos por aceptarla sólo por eso. Era evidente que ella no tenía ni idea de que el castillo de Benmore era una de las grandes fortalezas de las Tierras Altas. No era moderno, desde luego, pero seguía siendo un lugar del que Alexander se enorgullecía. Y con razón.

Hiciera lo que hiciera, por muy fácil que hiciera su vida en las Tierras Altas, en su mente nunca igualaría la elegancia que había conocido.

"Temías casarte con un bárbaro", dijo secamente.

"Yo no he dicho eso".

"Has dicho basta".

Alexander no pudo ocultar el tono de decepción en su voz. Era exactamente lo que había temido. Exactamente lo que había oído decir a aquellos lairds que habían arruinado sus vidas con mujeres de la educación de Elizabeth.

"Pero no has dicho lo que tienes contra mí", le recordó ella, en el mismo tono cortante. "¿Por

qué no querías casarte conmigo?".

La franqueza de sus palabras había derribado la cortina de cortesía. Alexander sabía que tenía que decir lo que pensaba o lamentaría para siempre no haber hablado.

"No quería casarme contigo porque sabía que serías inadecuada como esposa".

"¿Inadecuado?", repitió, con los ojos entornados en señal de protesta.

"Sabía que no estarías preparado para el castillo de Benmore", afirmó. "Has vivido toda tu vida en la corte. Dudaba que fueras capaz de adaptarte a nuestras costumbres".

"Crees que soy malcriada y débil".

"Yo no he dicho eso".

"Has dicho basta".

Capítulo Ocho

EL LARGO y sostenido crujido que invadió su sueño estalló con un fuerte chasquido justo antes de que una ráfaga arremolinada de lluvia la empapara.

"¡Oh, Señor!"

Elizabeth se incorporó, aturdida y desconcentrada. La parte del tejado de paja que había sobre ella había desaparecido y llovía a cántaros. Al apartarse, se dio cuenta de que estaba sola.

"¿Alexander?"

No hubo respuesta. Se había ido. Pero no podía estarlo. Se zambulló en una inundación furiosa para salvarla. Nunca la dejaría sola así. ¿Dónde estaba él?

"Mierda, mierda, mierda."

Despierta y luchando contra el pánico, miró alrededor del aprisco. No podía haberse ido sin ella.

La luz gris del día llenaba la pared abierta de la casucha. Contemplando la tormenta, no tenía ni idea de qué hora del día era. Levantó la vista cuando el viento la azotó y luego arrancó otra parte del tejado. El lugar se desmoronaba con cada ráfaga de viento. ¿Dónde estaba el Highlander?

"Por favor, no dejes que esto suceda".

Elizabeth trató de recordar que debía respirar mientras se ponía en pie de un salto. Anoche habían intercambiado palabras. Cada uno había insultado al otro cuando debería haberse mordido la lengua. Ella no podía haberlo ofendido tanto como para marcharse sin decir ni una palabra.

Estaba hecho de una pasta más dura. Daba golpes verbales con la misma facilidad con la que los recibía. No la abandonaría a menos que algo hubiera salido mal. O tal vez había ido en busca de ayuda. ¿Pero por qué no despertarla, decírselo?

"Maldición".

Tenía frío. Su capa estaba en un rincón protegido, colgando de un gancho mal hecho. No recordaba haberla colgado. La hurgó, asegurándose de que ninguna alimaña se hubiera apoderado de ella, antes de descolgarla.

Seguía mojada, o mojada de nuevo por el chapuzón del despertar, pero al menos había dormido. La tormenta aulló a su alrededor toda la noche. Pero cada vez que se despertaba, el calor de su espalda la arrullaba.

Hizo una pausa, tratando de decidir si el calor era un sueño o real. Recordó que se acurrucaba en él, incapaz de acercarse lo suficiente.

El viento, saturado de lluvia, barrió la cabaña, y Elizabeth se echó la capa sobre los hombros. Se subió la capucha, se ató los lazos y salió. Se le encogió el corazón.

"Desastre", murmuró.

Un escalofrío le atenazó las entrañas. La riada había crecido durante la noche. Ahora estaba a unos metros por debajo de la cabaña. La superficie de las aguas en movimiento estaba sembrada de árboles, arbustos y maderas medio sumergidas de puentes, granjas y Dios sabe dónde.

No quería pensar ni imaginar que le pudiera haber pasado algo. ¿Qué pasaba si intentaba nadar a través de esto para conseguir ayuda? ¿Y si se ahogaba?

Todo esto fue su culpa. Ella no debería haber comprado en el plan de la reina Margarita y Clara, para empezar. Pero fue su culpa. La estúpida idea de jugar. Su cobardía al no reunirse con él y decirle la verdad. La vida no eran unos pasos en un baile o un paseo en una mascarada. Había puesto en peligro la vida de un hombre. Se le llenaron los ojos de lágrimas. No podría vivir consigo misma si le ocurriera algo.

La preocupación por Alexander le revolvió las tripas cuando se dio la vuelta para rodear el edificio. El viento le tapó la cara con la capucha y chocó directamente contra un pecho ancho y musculoso.

Su corazón saltó de alegría. Levantó la vista, abrumada por el alivio. Le golpeó el pecho con los puños para asegurarse de que era real.

"Volviste por mí".

La miró y sonrió. "No he ido a ninguna parte".

Cualesquiera que fueran las palabras dichas en el calor del momento la noche anterior, ahora no significaban nada para ella. Él estaba a salvo. Estaba aquí. Sus ojos se fijaron en la camisa húmeda pegada a su pecho. Abrió los puños y sintió el fuerte latido de su corazón. Quería echarle los brazos al cuello y besarle. Estaba a salvo. A salvo.

Extendió la mano y le puso una cálida palma en la frente.

"¿Te encuentras mal?", preguntó. "¿Tienes fiebre?"

Elizabeth se dio cuenta de que estaba sonriendo como una tonta.

"No, estoy perfectamente bien. ¿Cómo está esa herida en tu cabeza?"

"Apenas fue un rasguño".

Elizabeth se estremeció y empezó a derretirse cuando él le apartó un mechón de pelo húmedo de la mejilla y se lo colocó detrás de la oreja. Sus dedos le recorrieron el sensible lóbulo, la línea de la mandíbula y bajaron por la garganta antes de retirarse lentamente. Su tacto hizo estragos en sus sentidos.

Los recuerdos de la noche anterior se agolparon en su memoria. Tras la pelea, Elizabeth se había acurrucado en la tierra, rodeada de olor a humedad y a animales. El tenso silencio había sido tan frío como el viento, pero finalmente había caído, temblorosa y agotada, en un inquieto medio sueño. Al mirarle ahora, supo el origen de aquel calor envolvente. No era un sueño. Alexander estaba tumbado detrás de ella, su poderoso brazo la atraía hacia sí. Su pulgar acariciando suavemente una franja de piel expuesta bajo sus pechos. Sueño o no sueño, ella no había puesto objeciones. De hecho, quería más. Quería que moviera la mano y tocara la punta de sus pechos doloridos.

La lluvia seguía cayendo a cántaros sobre ellos, pero ninguno se movía. Tenía la boca seca y el corazón le latía con fuerza contra las costillas. Elizabeth no podía entender lo que le estaba pasando. Se preguntó si él también recordaría lo de anoche.

Levantó la mirada. Realmente era un hombre hermoso. En esta extraña luz, sus ojos eran del tono más oscuro del azul. Eran del color del cielo al amanecer. Mechones de su largo cabello se habían escapado de la corbata y colgaban alrededor de su rostro esculpido. Estuvo a punto de estirar la mano y acomodarle los mechones detrás de la oreja, pero no se confió. Incluso ahora le hormigueaban las palmas de las manos al sentir su pecho.

Una fuerte ráfaga de viento les golpeó, y el edificio gimió precariamente.

"Tenemos que irnos", dijo.

Se sintió aliviada y decepcionada por la ruptura del hechizo. Elizabeth lo siguió mientras él se daba la vuelta y caminaba hacia la parte trasera del edificio.

"Tenemos que ir hacia el norte, lejos del río", dijo por encima del viento. "Hacia esa línea de bosques".

Alexander era todo negocios ahora. La suave mano que acababa de acariciarle la cara señalaba la vaga línea negra en la distancia.

"No hay forma fácil de llegar", le dijo. "Está todo inundado".

Se le revolió el estómago de preocupación. Su situación era peor de lo que podía imaginar. Estaban en lo alto de una meseta que pronto se inundaría. Contempló el mar en movimiento que dos días antes había sido pradera y tierra de cultivo.

"No podemos quedarnos aquí", añadió. "El agua se hará más profunda cuanto más tardemos".

Recordó sus luchas en el río, pensando que cada respiración sería la última. Indefensa, ahogándose, su cuerpo hundiéndose como una piedra de molino por mucho que sus brazos intentaran hacer. Sintió que el corazón se le aceleraba. No quería volver a meterse en el agua.

"¿A qué profundidad crees que está?"

Se encogió de hombros. "Estas tierras a lo largo del río son bastante llanas, pero seguro que hay algunos barrancos".

Respirar hondo no aliviaría el sabor agrio de la calamidad que subía por su garganta. Pero tenía que hacerlo. No tenían elección. Elizabeth empezó a bajar la colina. A cada paso que daba, sus pies se hundían en el suelo saturado, y su vestido y su capa ganaban capas adicionales de lodo. Antes de llegar a la mitad del camino hacia el agua, su avance se detuvo bruscamente cuando un pie no salió.

"¿Es la primera vez que deambulas por una ladera con mal tiempo?", se burló su voz.

Él estaba a su lado, y Elizabeth tuvo la sensación de que se entretenía con su miseria. Así que iban a volver a jugar a este juego. Dejó de prestar atención al destino acuático que tenía delante y se fijó en el hombre que estaba a su lado. No estaba sola. Él la ayudaría, la salvaría.

"¿Llamas a esto inclemencias, Highlander?", se burló, esperando que el temblor de su voz no delatara su ansiedad. "Hago esto todos los lunes y viernes. Y a veces los miércoles, siempre que llueve".

Al sacar el pie, estuvo a punto de lanzarse de cabeza por el resto de la pendiente, pero él la atrapó. Él estaba con ella. Alexander estaba con ella. Ella repetía las palabras en su mente mientras seguían avanzando. Al pie de la colina, él se detuvo y señaló río abajo.

"Iremos en esa dirección. Los pantanos que recuerdo están sobre todo al oeste de donde desembarcamos".

"¿Bogs?" Ella dio un paso atrás del agua, chocando con él. No sólo ahogarse. Desaparecer. Ser tragada por la tierra. ¿Cuántas cosas más podían salir mal?

"Tendremos que tener cuidado, pero saldremos de esta".

Le puso una mano en el hombro y apretó suavemente. Ella sabía que pretendía ser un gesto de consuelo, pero hubiera preferido enfrentarse a cien serpientes antes que a esto. Puedes huir de una serpiente; no puedes huir de un ahogado.

Elizabeth recordó lo que le había dicho la noche anterior. A sus ojos, ella era débil, "inadecuada". Tal vez lo era... en esta situación. Nunca había estado atrapada en una inundación. Pero no iba a quejarse. Él estaba con ella. Él sabía qué hacer.

"Esto será un poco arduo para ti, lo sé".

"Estaré bien."

La miró suavemente durante un momento. Le acarició la cara con la mano y sus ojos azules se clavaron en los de ella. "Estaré allí contigo".

Sus cánticos silenciosos habían llegado a su mente. Confiaba en él. Pero el miedo se había apoderado demasiado de sus miembros. Miró el agua marrón y arremolinada. Dos docenas de pasos en los bajíos antes de llegar al desastre que la esperaba. Pero tenía que hacerlo. Era una cuestión de honor. Coraje, se dijo a sí misma.

"Y yo estaré contigo", dijo. "Nunca olvides ese remo, Highlander".

Se rió mientras ella se levantaba el vestido y la capa hasta las rodillas y se metía en el agua. Hoy hacía más frío que ayer.

Alexander le tendió la mano. Todavía no, pensó ella. Las ramas de un árbol se extendían por la superficie no demasiado lejos. No podía ser demasiado profundo.

"Puedo arreglármelas", le dijo.

El siguiente paso metió a Elizabeth hasta el pecho. El pánico la inundó cuando la corriente la sacó de sus casillas. Su cuerpo respondió como esperaba. Pero ella no era una piedra de molino, sino el molino entero. Su cabeza se hundió. Sus manos tocaron el fondo viscoso. Abrió la boca para gritar y el agua salobre le llenó la boca. De repente, él estaba allí, agarrándola por la cintura y sacándola a la superficie.

Tuvo arcadas y tosió un litro de agua.

"Respira".

Ella se agarró a su brazo, jadeando. Él nadaba hacia la corriente y se la llevaba con él.

"Respira".

"¡Respiro!", gritó al viento cuando encontró la voz. Tanteó el fondo con los pies, pero no había nada. Nada en lo que apoyarse. Iba a ahogarse. Nunca llegarían a tierra más alta.

Ella le arañó el brazo, intentando agarrarse con más fuerza. Pero no era suficiente. Temiendo que la soltara, luchó por darse la vuelta y agarrarse a su cuello.

"No, muchacha. Eso no servirá. A menos que quieras ahogarnos a los dos".

Siguió avanzando, a veces nadando, a veces vadeando.

Respira. Respira, se dijo a sí misma. Cierra los ojos para no ver a la Parca viniendo a por ti. Pero no podía.

"Flota a mi lado. Deja que tus pies suban. Te tengo a ti".

Es más fácil decirlo que hacerlo. Intentó flotar, pero sus pies se hundieron inmediatamente y su cara se hundió. Esta vez, él la sacó antes de que pudiera tragar otro bocado. Volvió a intentar flotar, pero era imposible.

Volvió a atraerla contra su pecho y ella se aferró a su brazo con ambas manos.

"La corriente no es tan fuerte como a la que nos enfrentamos ayer".

Para él era fácil decirlo. Para Elizabeth, ahogarse era lo mismo, ya fuera en un río, en un estanque o en una pila bautismal.

Pero ahogarse no era la peor forma de morir. Pensó en los pantanos que mencionó Alexander. Incluso en el castillo había oído historias de animales y personas que se metían en ellos sin darse cuenta y morían de forma horrible. Una vez oyó que un burro era arrastrado hasta el infierno antes de que pudieras cruzar tú mismo.

Pisó algo y el agua le llegó al pecho. Elizabeth tanteó el fondo con los pies. Nada. Las garras calientes del pánico seguían arañándola. ¿Qué pasaría si perdía el control y se separaban? ¿Y si cruzaban un pantano y el lodo llegaba hasta él? ¿Y si tenía que salvarle?

Ella se acercó más a él. Moviendo el brazo para sujetarla mejor, una de sus palmas acabó

tocándole el pecho. Era de suponer que el día en que iba a ahogarse o a ser engullida por una ciénaga, un hombre le tocara el pecho. ¿Y cuál fue su reacción? Agárrate fuerte. Por favor, no me dejes morir.

"Independientemente de dónde hayas vivido, muchacha, sigues siendo escocesa".

Él hablaba. Ella temblaba de terror, y él hablaba como si estuvieran dando un paseo por los jardines.

"¿Qué quieres decir con eso?" Ella le miró por encima del hombro.

"¿Cómo es que nunca aprendiste a nadar?"

¿Nadar? ¿Nadar? ¿Ahora la criticaba? "No tuve tiempo para eso".

"Demasiado ocupada con todas las juergas de la corte, supongo. Demasiado tiempo acicalándose, vistiéndose y bailando, y sin tiempo para aprender nada útil".

"Si llamas útil a saber distinguir una serpiente de otra, estás en lo cierto".

¿Cómo podía equivocarse? Nunca había aprendido a nadar porque nadie le había enseñado. Y a medida que crecía, había estado ocupada cuidando de su padre, que a su vez siempre estaba ocupado con sus proyectos de construcción. Era una suerte que Ambrose Hay estuviera constantemente solicitado para trabajar en palacios y castillos. Sólo cuando no estaba a su lado aprendía modales educados emulando a las mujeres con las que entraba en contacto.

"Probablemente no sabría distinguir un bacalao de roca de una frambuesa, a menos que se lo sirvieran".

Ansiosa por responder, intentó girarse y tragó un bocado de agua turbia por las molestias. Tosiendo, con arcadas y balbuceando, se agarró a él. Él la acercó y la estrechó contra sí.

"Respira".

"Estoy respirando", espetó ella, enfadada porque él encontrara un momento así para menospreciar su educación.

"Déjame preguntarte esto: ¿Puedes identificar un arco ojival?"

"Sí, conozco bien al hombre. Archibald Ogilvie, obispo de Glasgow."

"Ogilvie" no... ¡"ojival"! Las ojivas son las nervaduras transversales que forman la superficie de una bóveda. Es un arco apuntado".

"No estoy tan seguro de eso, muchacha. Archie tiene una cabeza puntiaguda, pero no creo que lo pillen muerto intersectando las costillas de nadie".

"¡Ja!", se rió. "Así que hay algunas cosas que no sabes. Supongo que no sabrías distinguir un chevette de un nártex".

"¿Son una especie de canción? No, ya lo tengo. Son danzas".

Se estaba burlando de ella. Ella podía oírlo en su tono. ¡Qué descaro!

"Y dudo que pudieras decirme cuántas columnas se necesitan para sostener un techo abovedado. O cuántos arbotantes se necesitaron para la catedral de Chartres".

"Conocimientos útiles para la supervivencia. Estoy bastante impresionado".

No lo era.

"No creí que lo supieras", concluyó triunfante. "Para tu información, pasé la mayor parte del tiempo al lado de mi padre mientras construía algunos de los palacios más importantes de Europa. Si no tuve tiempo de aprender a nadar fue porque estaba ocupada. Así que si tienes algo más que decir..."

"Bueno, iba a decir que estaré encantado de llevarte hasta Stirling. Pero pensé que querías caminar un poco".

Elizabeth miró a su alrededor. La lluvia y el viento seguían azotándoles, pero estaba de pie sobre una franja de terreno a una docena de pasos del agua. Un bosque de pinos se alzaba a un

lado de ellos, y la riada de la que acababan de salir se extendía al otro.

"Bájame", dijo.

"Como desee, milady".

"¿Cómo hemos llegado hasta aquí?"

"Un milagro, creo."

"¿Me sostuviste durante todo?"

"En realidad, con toda la charla, pensé que tú y tu padre construiríais un puente para nosotros, pero por desgracia no fue así".

"Eres incorregible".

"Lo estoy."

Ahora se daba cuenta de lo que había estado haciendo. Distrayéndola, haciéndola hablar para alejar su mente de sus miedos. Miró la extensión acuosa. Estaba detrás de ellos. Estaba viva.

Alexander avanzaba a grandes zancadas por el agua siguiendo la línea del bosque.

"¿Adónde vas?", preguntó. "¿No está Stirling en la otra dirección?"

"No lo lograremos, yendo en esa dirección. No hasta que pare esta maldita tormenta y las aguas se retiren. Nos dirigiremos a Dunfermline y tal vez encontremos un lugar para secarnos".

Se apresuró a seguirle.

"Gracias por..."

El Highlander se detuvo en seco y ella chocó contra su espalda.

"Y para que nos entendamos, una chevette es una capillita en una iglesia y el nártex es la entrada. Necesitaría saber la altura y el diámetro de una cúpula para decirte cuántos pilares harían falta para sostener la maldita cosa. Y nunca he contado los contrafuertes de Chartres, pero supongo que veintiséis. ¿Estoy cerca?"

Sin esperar respuesta, Alexander giró sobre sus talones y reanudó la marcha, dejándola sin habla.

Elizabeth no podía estar segura, pero le pareció ver que ocultaba una sonrisa mientras se alejaba.

Que el diablo se lo lleve, el hombre era maravilloso.

Capítulo Nueve

EL ASOMBRO de Elizabeth ante su respuesta no tuvo precio. Alexander estuvo a punto de reírse, y la única forma de disimularlo fue alejarse.

Siguiendo su camino por la orilla del agua, la oyó seguir gritándole, pero no quiso frenar. Ella había hecho suposiciones sobre él, y él había hecho lo mismo. Pero corregir sus ideas erróneas poco a poco tenía su encanto. De todos modos, viajarían juntos durante un tiempo. ¿Por qué repartir toda la diversión de una vez?

"Espérame", le ordenó Elizabeth mientras empezaba a subir la colina por el otro lado. "Tienes que dar algunas explicaciones".

Alexander siguió subiendo. Incluso aquí, sus botas resbalaban o se hundían profundamente. Sabía que el camino le resultaría aún más difícil. Ahora mismo, eso era bueno. Necesitaba poner distancia entre ellos, aunque sólo fuera para tener tiempo de enfriar las crecientes ganas de besarla.

Maldita sea, si no era problemática. Era divertida, inteligente y, a pesar de todo lo que había pasado desde ayer, la mujer se negaba a rendirse. Mantenía la cabeza alta. Tenía que respetarla. Desde luego, no esperaba tanta dureza en ella. Y luego estaba su cara cubierta de barro, la maraña de pelo que una vez había sido una trenza dorada, los ojos azul violáceo que mostraban la tensión del frío y la falta de sueño adecuado. Era hermosa.

Y "problemas" era exactamente la palabra adecuada. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más dudas tenía sobre la decisión que había tomado. Quizá se había precipitado al juzgar lo que pensaba que ella sería. Quizá debería haber esperado a conocerla mejor.

Anoche, abrazado a su cuerpo tembloroso, había intentado darle calor. El problema había sido su conciencia de lo que había debajo de aquel vestido roto, y aquel abrazo se había convertido en una tortura para él a medida que avanzaba la noche. Mientras yacía dormida, tan confiada, no tenía ni idea de lo mucho que él la deseaba. Cuando se relajó, se llevó la mano al pecho y él pudo sentir el fuerte corazón que latía allí.

Alexander había tenido que apartarse. Si no lo hubiera hecho, ella se habría despertado con pleno conocimiento de lo excitado que estaba.

Había permanecido despierto durante horas, escuchando los vientos azotadores de la tormenta, pensando en sus barcos y en los puertos que había visitado, imaginando en su mente las cosechas de los campos de Macpherson. Pensó si esta tormenta estaba asolando el castillo de Benmore. Obligándose a considerar estas otras cosas, pudo hacer que su cuerpo se comportara. Hasta la próxima vez que se moviera o murmurara suavemente en sueños.

Maldita sea si no fue la noche más larga y placenteramente tortuosa que jamás había soportado.

"Alexander Macpherson, detente en este momento", llamó. "O te juro que no te salvaré la próxima vez que estés revoloteando por mi barco como un pez muerto".

Pensó en decirle que los peces muertos no se caen, pero ya había llegado a la cima de la colina. A lo lejos, vio una casita de paja y sus dependencias escondidas contra el bosque. Los campos estaban bajo el agua y, por lo que pudo ver, las inundaciones habían alcanzado el cobertizo más grande. Pero por el bien de Elizabeth, se sintió aliviado al ver que la casa parecía estar a salvo hasta el momento. No veía señales de vida por ninguna parte.

La mujer maldecía ahora con el entusiasmo de un marinero experimentado. ¿Dónde había aprendido eso?

Al mirar hacia atrás, la encontró hundida en el fango, con un brazo metido hasta el codo y los pies completamente enterrados. Bajando la colina y atravesando el barro, se inclinó hacia ella y le tendió la mano.

"No necesito tu ayuda", dijo. "Puedo arreglármelas".

Alexander se apartó, observando cómo ella sacaba un brazo para que el otro se hundiera en el suelo. Sus pies bailaban la misma danza: uno entraba y el otro salía. Él se acercó para ayudarla y ella levantó la vista, con los ojos encendidos.

"Dije que puedo hacerlo".

Se cruzó de brazos y la observó hasta que por fin consiguió levantarse, pero perdió el equilibrio y cayó de culo.

No podía soportar verla sufrir así. A pesar de sus amenazas vocales y bastante alarmantes, le rodeó la cintura con el brazo, la levantó y la dejó en la base de la colina.

"No quería tu ayuda", refunfuñó.

Ahora no podía evitar sonreír. No quedaba un espacio en su cara, su cuello, sus brazos o su capa que no estuviera cubierto.

"¿De qué te ríes?"

"Eres sin duda la mujer de aspecto más asqueroso que he visto nunca".

"¿Y crees que te ves mejor?"

Se miró la camisa y la tartana. Llevaba un cubo lleno de barro en cada bota, sin duda, pero vadear y nadar entre las aguas de la riada había lavado lo peor de sus ropas.

"Definitivamente me veo mejor".

Elizabeth sacó dos puñados de barro de su capa, se lo restregó en la camisa y terminó con un par de regueros en la cara. Esperó en silencio a que ella terminara, con cada nervio de su cuerpo diciéndole que la cogiera en brazos y encontrara sus labios bajo aquel amasijo.

Contenta con sus esfuerzos, sonrió alegremente, sus ojos azul cobalto se encontraron con los de él.

"Ahora tienes mejor aspecto", dijo ella, dando un paso a su alrededor.

Respiró hondo y sacudió la cabeza, divertido. Se quedó unos pasos atrás mientras ella subía la cuesta, listo para ayudarla si volvía a caerse. Maldita sea. Aquella no era la Elizabeth Hay que había imaginado. Aquel secuestro chapucero era lo mejor que les podía haber pasado. Levantó la cara contra el viento y la lluvia punzante. Esta maldita tormenta era lo mejor que les podía haber pasado.

Y lo peor.

"Estamos salvados", dijo emocionada al llegar a la cima de la colina. "Una granja. Un edificio con tejado. Gente".

No quería decepcionarla con esto último. De hecho, podrían encontrar a alguien acurrucado en la cabaña, pero parecía más bien que quienquiera que viviera allí se había marchado al subir

las aguas o se había alejado de la granja cuando se desató la tormenta. Cuando estaban a un tiro de flecha de los edificios, la detuvo.

"Espera aquí", ordenó. "Iré primero a avisar al granjero antes de que aparezcas".

"Muy gracioso", replicó ella.

Alexander no esperaba ninguna hostilidad por parte de los chabolistas, ya que llegaban en plena tormenta, pero quería estar seguro. A pesar del río de agua que corría entre la cabaña y los cobertizos, la granja estaba organizada y bien cuidada.

En la puerta, gritó un saludo pero no obtuvo respuesta. La empujó, agachó la cabeza y entró.

Como esperaba, el lugar estaba vacío. El fuego de una de las paredes estaba frío, pero había leña seca apilada en un rincón. Cerca había una mesa tosca y dos bloques de madera que servían de taburetes. Una rueda y un pequeño telar manual. Por encima, unos manojos de hierbas trenzadas colgaban de las vigas bajas. En el extremo opuesto de la habitación había un colchón de paja sobre una tosca cama y un arcón de madera sin terminar. Al abrirlo, vio ropa cuidadosamente doblada.

Alexander decidió que la gente que vivía aquí sólo se había ido a causa de las inundaciones. Habían dejado atrás sus pertenencias. Pero estaba igualmente seguro de que si les dejaba algunas monedas cuando él y Elizabeth se marcharan, se lo agradecerían.

Cuando salió a llamar a Elizabeth, ella estaba junto a la puerta, con un robusto palo de leña en las manos.

"Te dije que esperarás".

"Lo hice. Esperé. Pero tardaste tanto que me preocupaba que alguien te hubiera degollado. Vine a rescatarte... ...otra vez". Dejó caer el palo y miró más allá de él hacia la cabaña. "Esto servirá".

No se atrevía a sermonearla.

Antes de entrar, miró sus zapatos llenos de barro. "No puedo rastrear todo esto hasta la casa de alguien".

Iba a recordarle el suelo de tierra de la casita, pero ella ya se había subido el vestido hasta las rodillas e intentaba quitarse los zapatos.

Alexander se quedó mirando sus torneadas pantorrillas y tobillos y pensando en la situación en la que se encontraban. Los dos solos en la cabaña durante el tiempo que tardara el río en retirarse. La lluvia y el viento no daban señales de amainar, pero no parecía que la crecida fuera a alcanzar la cabaña. Aquí estarían a salvo.

Ella aún se esforzaba por desatar los nudos empapados de sus zapatos cuando él sintió que sus entrañas se tensaban. Apartó los ojos de sus piernas. Estaba en apuros.

La distancia. Y comida. Esas eran las dos cosas que más necesitaba ahora mismo.

"Entra y quédate ahí", le dijo. "Yo revisaré el granero".

"¿Estás seguro de que...?"

"Si necesito que me salves, te llamaré".

En toda su vida, Elizabeth nunca había sentido tanta necesidad de impresionar a alguien como ahora. Alexander ya había echado por tierra muchas de las suposiciones que tenía sobre él. Ahora estaba decidida a hacerle sentir lo mismo. Puede que no tuvieran un futuro juntos, pero quería que se diera cuenta de que no era la mocosa remilgada de la corte que él se había imaginado. Y si él se arrepentía de no quererla como esposa, ella también podía vivir con eso. Era una cuestión de orgullo.

Al llegar a la cabaña, había visto lo que parecía un huerto detrás de ella. Estaba sedienta y hambrienta, pero no iba a decírselo. Lo observó hasta que cruzó el agua que corría por el corral hasta los tobillos y desapareció en el cobertizo más grande. Dejándose los zapatos puestos, se dirigió a la parte trasera del edificio.

La maldita lluvia y el viento seguían azotándola mientras daba vueltas. El cansancio del viaje se estaba apoderando de ella. Su vestido y su capa empapados pesaban como la armadura de un caballero, y estaba segura de que la piel que llevaba debajo se había arrugado para siempre. Casi esperaba que sus miembros, uno a uno, se soltaran y cayeran al barro.

Se animó cuando vio el jardín. La valla de mimbre de sauce entretejido que lo rodeaba había quedado casi destruida y muchas de las plantas estaban aplastadas, pero el abundante follaje verde prometía algo que comer. El barro era espeso entre las hileras. Su estado de ánimo aumentó aún más cuando vio también la hilera de barriles de lluvia rebosantes de agua limpia.

Elizabeth sólo se dio cuenta de la sed que tenía después de beber tres cazos de agua. Él también tenía que estar sediento. Para variar, haría algo por él. Sería útil. Llevar agua. Cosechar algunas verduras del jardín. Toda esta desventura se debía a ella, y sin embargo Alexander seguía acudiendo a su rescate. Esta era la oportunidad de ganarse su sustento.

Volvió al huerto y arrancó una planta. La chirivía era de buen tamaño. No era suficiente para alimentar a una mujer y a un gigante, pero era un buen comienzo. Se agachó para arrancar otra. Pero la raíz se atascó. Tiró con más fuerza, pero sin éxito. Y más fuerte. Las hojas de la chirivía cedieron de repente, soltándose y lanzando a Elizabeth hacia atrás.

Al bajar, su culo aterrizó en un mullido cojín. Miró horrorizada la cesta cónica en la que estaba sentada.

"Maldición".

Antes de que pudiera moverse, había abejas furiosas por todas partes.

El cobertizo, parcialmente inundado, se había construido en la ladera de una colina baja. Un puñado de animales estaban atados allí, arriba y fuera de peligro. Una vaca, tres cerdos y un par de cabras apenas le dedicaron una segunda mirada cuando subió la escalera y los observó a la luz turbia. En las vigas, las gallinas le miraban alarmadas. Debían de notar su hambre.

Alexander no estaba por la labor de sacrificar a ninguno de ellos y quitarles la comida de la boca a los cotarrones. Aun así, estaba pensando en la leche y los huevos cuando oyó graznidos procedentes de detrás del cobertizo. Al volver a bajar, encontró un estanque inundado detrás del edificio con decenas de patos. Apenas echaría de menos una ave silvestre, y el pago que pensaba dejar compensaría con creces la pérdida del granjero.

Unos instantes después, llevó su futura cena a un banco situado bajo un voladizo que daba a la cabaña. No era tan ingenuo como para pensar que Elizabeth podría encargarse de desplumar o limpiar el ave.

Cuando empezó a trabajar, echó un vistazo a la granja. La puerta estaba entreabierta, pero no había señales de humo en la abertura del tejado. Se dio cuenta de que debería haber encendido el fuego él mismo. Ahora mismo, probablemente ella estaba dentro, quitándose la capa y el vestido arruinado. Imaginó a Elizabeth allí de pie, lavándose la mugre del cuerpo desnudo, enjuagándose el pelo y la piel con un cubo de agua limpia, quizá incluso observándole a través de la puerta parcialmente abierta. Apartando los ojos, se obligó a concentrarse en arrancar las plumas del pato.

El diablo se lo llevó si no perdía el control. La deseaba. No podía negarlo. El pensamiento

seguía empujando a sí mismo al frente de su cerebro. Y cuanto más tiempo pasaban juntos, menos recordaba por qué se había opuesto a su matrimonio.

Alexander se preguntó si ella sentía lo mismo por él. Se había dado cuenta de lo atentamente que le observaba. Y se apresuraba a responder a sus burlas con sus propias púas. Maldita sea, si ésa no era otra de las cosas que le gustaban de ella. Disfrutaba de una mujer con una mente aguda y palabras que no se avergonzaba de usar. Y si Elizabeth era un poco ruidosa, bueno, siempre podía...

Fuerte. Se concentró.

Estaba gritando.

Dejando el ave a medio desplumar en el banco, Alexander cruzó el inundado corral, daga en mano. Sus gritos procedían de detrás de la casa y él siguió el sonido de su voz. Al fondo de un huerto destrozado, vio a Elizabeth clavada en el suelo como un árbol. Su capa yacía en el barro y las abejas zumbaban a su alrededor como una nube en el viento.

"Quítamelos de encima", gritó cuando lo vio.

Alexander envainó la daga mientras se acercaba. "¿Otra escaramuza con la vida del campo?"

"Abejas". Están sobre mí. Se arrastran sobre mí".

Vio que las abejas estaban sobre ella y se sintió aliviado de que tuviera el suficiente sentido común para quedarse quieta. De su garganta salían ruidos de pánico, y se preguntó cuánto tardaría en salir corriendo. Había visto a muchos hombres y niños huir como ciervos heridos por el zumbido de una abeja.

"¡Mierda, mierda, mierda!", gimió.

"A las abejas no les gusta la lluvia". Echó un vistazo a los panales de abejas tejidos con hierba que había en el jardín. Una de las cestas yacía casi aplastada a su lado. "Les has volcado la colmena".

"Me caí encima. Aterricé en él".

"Y a las criaturas ocupadas les pareció mal".

"No fue intencionado", se lamentó. "Una chirivía me engañó".

Miró las verduras que había cerca de sus pies. Había intentado darles algo de comer.

"Quítamelos de la cara". Cerró la boca y los ojos, pero siguió emitiendo gemidos.

"Estás haciendo lo correcto. No te muevas", dijo en lo que esperaba que fuera un tono tranquilo.

No era un experto. Desde luego, no era apicultor, pero había visto picar a mucha gente a lo largo de su vida. Él mismo había sido picado varias veces, pero también había oído historias de gente que moría por ello. Alexander recordaba cuando era niño haber visto a un cura que vivía no lejos de Benmore trabajando con sus abejas. El enjambre nunca le hizo daño.

Lo que tenía que hacer ahora era mantener a Elizabeth tranquila mientras averiguaba qué hacer. La brocheta que había aplastado estaba llena de abejas y panales de cera rotos que rezumaban miel.

Las abejas estaban en su cara, arrastrándose por su pelo, pero aún no la habían picado, aparentemente. En realidad, eso era un maldito milagro.

"Mantén la boca y los ojos cerrados", ordenó. "Estoy justo aquí."

Vio una cesta maltrecha que el viento había atascado en una esquina de la valla de zarzo. La recogió y se colocó frente a ella, dándole la vuelta. La lluvia seguía arreciando.

Acercó la cesta y le rozó suavemente la cara, tratando de animarlas a volar hacia el refugio que se les ofrecía. Tardaron en moverse. No podía culparles.

Alexander trabajó lenta y metódicamente, moviéndose por su pelo, su frente, su nariz, su

barbilla chorreante. Incluso en la comisura de los labios. La tocó suavemente, apartando los intrusos. Vio que las lágrimas corrían por sus mejillas, mezclándose con la lluvia, pero ella permaneció inmóvil.

"Te he quitado la mayoría de la cara", le dijo.

"Mi vestido", gimoteó.

Mientras le quitaba las abejas del cuello, sus dedos acariciaban la piel sedosa. Ahora se seguían el uno al otro dentro de la cesta, fuera de la dura lluvia. Llevaba tiempo, y el valor de ella era impresionante. Igual de impresionante era la paciencia de él, que no se distraía con la belleza que tenía delante. Con la excepción de unos pocos extraviados, la mayoría se apartó de ella. Apoyó la cesta en una roca bajo el seto. Ella seguía sin moverse.

Se quedó mirando el vestido. Las curvas de sus pechos asomaban por el escote roto, por encima del cambio expuesto.

"Están dentro de mi ropa".

"La mayoría se han ido".

"Se están arrastrando dentro de mi turno. Los siento. Tienes que hacer algo".

"¿Dentro de tu vestido?"

"Haz algo", gritó.

No podía hacer otra cosa. No había forma de evitarlo.

"Quédate completamente quieto", ordenó.

El vestido ya tenía más agujeros que la promesa de un calderero. Las costuras estaban abiertas por una docena de sitios, pero él se tomó su tiempo para abrirlo por el escote. Sus nudillos se apoyaron en la carne cálida y firme de sus pechos, y uno de los invasores trepó hasta su pulgar antes de salir volando.

Alexander se alegró de que aún tuviera los ojos cerrados o se habría asustado mucho más por la reacción de su cuerpo que por la de las abejas.

Mientras miraba por la parte delantera del vestido en busca de otras, las gotas de lluvia salpicaron su pecho y formaron brillantes riachuelos sobre su piel. Dos abejas más aparecieron y volaron hacia el seto.

"Tienes razón. Hay más", le dijo. El tono ronco de su voz hizo que sus palabras sonaran más como un gruñido. "Tengo que desnudarte".

"Hazlo. Hazlo ahora".

Alexander estaba perdido. Anoche había podido ejercer cierto control. Ahora, a la luz del día, no tenía elección. Tenía que ver lo que estaba haciendo. Y a lo que veían sus ojos, reaccionaba su cuerpo.

Que el diablo se lo lleve, al fin y al cabo sólo era un hombre.

Le bajó suavemente el vestido por los brazos y tiró de él por encima de las caderas hasta que cayó al suelo. El vestido estaba mojado y no ocultaba nada. A un maldito santo le habría resultado imposible no mirar la perfecta redondez de sus pechos o las puntas rosadas que asomaban a través del material casi transparente. Y él no era un santo.

Desabrochó los lazos de la parte delantera de la bata. A medida que su cuerpo quedaba cada vez más a la vista, tragó saliva y trató de reprimir el impulso irrefrenable de inclinarse y tomar sus pezones entre los labios. Obligándose a hacer lo que tenía que hacer, le quitó la bata de los hombros. Mientras se ceñía a sus caderas, espantó al puñado de insurgentes que había bajo sus pechos y en su vientre. Moviéndose a su alrededor, apartó la tela de la parte baja de la espalda y vio que unas cuantas habían llegado hasta allí, bajando hasta la curva de sus nalgas. Se agachó y las apartó.

Allí de pie, bajo la lluvia torrencial, con el pantalón colgando de las caderas, estaba expuesta a él, a sus ojos, a su tacto. Y Elizabeth era perfecta en todos los sentidos.

"Creo que los tengo todos", dijo con esa voz de desconocido.

Cuando la miró a la cara, tenía los ojos abiertos. Su mirada estaba fija en él. Le subió suavemente la bata por los hombros. Sin decir nada, ella le echó los brazos al cuello.

Él no se había dado cuenta, pero ella seguía llorando. Era un villano al estar tan concentrado en su cuerpo y no prestar atención a lo asustada que había estado.

"¿Te picaron?"

Elizabeth negó con la cabeza y siguió temblando. Las palabras que intentaba decir se perdieron con la cara pegada al pecho de él.

La lluvia seguía golpeándoles. Su vestido y su capa estaban tirados en el barro. Él la levantó en brazos y la llevó alrededor de la cabaña. Ella apoyó la cara contra él, aún temblorosa.

Dentro, Alexander la sentó en el borde de la cama. Desató los cordones de los zapatos embarrados y se los quitó con cuidado. Ella se quitó las medias y se quedó mirando la manta que él mantenía abierta.

"Estarías mejor sin esa ropa".

Respiró hondo, pero no dudó. Se encogió de hombros, se bajó los calzoncillos y también se los quitó.

El corazón de Alexander latía con fuerza en su pecho. Su pelo caía en cascadas enmarañadas de oro bruñido a lo largo de su rostro y sus brazos. Su cuerpo estaba manchado de barro y sus largas y torneadas piernas descendían de unas caderas curvadas que hacían juego con la plenitud de sus pechos. Aturdido por la visión, vaciló unos instantes más de lo debido. Se quedó sin aliento. Finalmente recobró el sentido y le colocó la gruesa manta de lana sobre los hombros.

Se hundió en el colchón de paja, se dejó caer de lado y se llevó las rodillas al pecho. Cerró los ojos.

Maldita sea. Maldita sea. Maldito sea, maldijo en silencio. Era un pirata que se había ganado su reputación. Vivía de su ingenio, de su amor por la lucha y de su voluntad de tomar lo que quería. Pero eso nunca se había aplicado a las mujeres. Nunca en su vida había maltratado a una ni se había aprovechado de ella.

Pero ahora mismo, mirando a Elizabeth, su hombro asomando por debajo de aquella manta, se preguntaba si sería capaz de decir eso antes de que acabara el día. La deseaba. Quería sentirse dentro de ella, sin importarle si estaba bien o mal. Había arruinado la oportunidad de tenerla como esposa. Ella no le pertenecía.

Lo que sólo significaba una cosa. Tenía que salir.

Alexander se dirigió a la puerta. Se había dejado un ave a medio desplumar en alguna parte.

Se detuvo al oír una suave voz procedente de la cama.

"No soy débil, Highlander."

Se volvió y la miró. Incluso en la penumbra de la cabaña, sus ojos brillaban.

"No eres débil", aceptó. "Eres la mujer más valiente que conozco".

Capítulo Diez

SE DESPERTÓ SECA Y CALIENTE. Allí tumbada, Elizabeth no recordaba la última vez que se había sentido así. Tampoco recordaba haberse quedado dormida.

Le rugió el estómago y se dio cuenta de que era el olor a carne asada lo que la había despertado. Al estirarse en la cama, los pies se le escaparon de debajo de la manta. Se incorporó y miró a su alrededor.

"¿Alexander?"

No había rastro de él, pero vio al pájaro en un asador de hierro sobre el fuego.

Alexander. Volvió a tumbarse y cerró los ojos. El valiente montañés que la había rescatado una y otra vez. El hombre honorable que había perdonado su error de juicio y ni una sola vez le había recordado que se encontraban en aquel aprieto por culpa de su tonta metedura de pata. El galante héroe que la había desvestido, visto desnuda, tocado su carne, pero que ni una sola vez se había aprovechado de su vulnerable condición. El cortés terrateniente que incluso había preparado una comida.

Alexander. No mi Alexander. No mi Highlander. Recordó el tono melancólico de las palabras de la Reina Margarita sobre el romance. Ahora lo entendía. Elizabeth ahora se daba cuenta de la magnitud de su error de juicio.

¿Dónde estaba?

El crepitar de las llamas y el siseo de la grasa que goteaba eran los únicos sonidos. El viento no pasaba silbando por los bordes de las contraventanas ni de la puerta. Ninguna ráfaga de lluvia golpeaba las paredes de la cabaña. ¿Era posible que la tormenta hubiera terminado?

Envolviéndose en la manta, salió de la cama. No podía estar muy lejos.

¿Cómo había sucedido? En toda su vida, siempre había tenido el control. No era propensa a los accidentes. No era torpe. Nunca había necesitado ser rescatada, y aquí Alexander la había salvado una vez más.

Al recordar cómo había permanecido desnuda ante él, Elizabeth sintió que el calor subía y se extendía por su piel. Pero entonces no había sentido el rubor del pudor. Simplemente había querido librarse de las abejas y de la humedad que le calaba hasta los huesos. Pero era más que eso. Algo había cambiado en su mundo. Ahora existía algo que no había existido antes.

En su mente vino el cuadro que había visto en Florencia, en el palacio del Magnífico. La visión de Venus de Botticelli. Con las aguas del mar a su alrededor, su cabello dorado fluyendo sobre su piel descubierta, la diosa no mostraba ningún falso pudor. Estaba dispuesta a compartir esta visión íntima de sí misma. Antes, cuando Alejandro la había contemplado, supo de repente cómo se sentía Venus.

Y ella lo deseaba. Después de que él la llevara de vuelta a la cabaña, ella habría renunciado

libremente a la manta si él se hubiera quitado la ropa y hubiera usado su cuerpo para calentarla. Piel con piel. Sus manos por todo su pecho, espalda y brazos. Lo abrazó contra ella, vientre con vientre, muslo con muslo.

Se tocó las mejillas sonrojadas y trató de ignorar las rodillas temblorosas y la sensación de pesadez y hormigueo en los pechos.

No había ni rastro de su ropa interior, ni de su vestido, ni de sus zapatos. Cerca de la cama, el arcón de madera había quedado abierto. Buscó entre la ropa doblada. Una camisa y unos pantalones de hombre. Un vestido de lana de mujer. Lo sacó y lo dejó sobre la cama. En el fondo del arcón encontró los trozos parcialmente cosidos de un pequeño vestido de lino.

"Tienes un bebé en camino", murmuró a la ausente señora.

Elizabeth volvió a ponerle la ropa al bebé y echó un vistazo a la casa. Había pasado por alto la madera recién aserrada apilada en un rincón junto a una cuna a medio construir.

Mientras lo miraba, un pensamiento inesperado irrumpió en su conciencia. En los últimos años, había estado luchando contra la idea de casarse con ese montañés, hostil a la idea de encontrarse abandonada en un lugar donde sería una extraña, lejos de todo lo que conocía y le importaba. Se había hecho creer que la felicidad residía en la vida que llevaba con su padre. Viajes, grandeza, construcción, aprendizaje. Había imaginado que era todo o nada. Una cosa o la otra.

Se había burlado de la idea de tener su propia familia, de planear un futuro que fuera más allá de sus propias necesidades y deseos. Pero aquí, envuelta en una gruesa manta de lana casera, se dio cuenta de que esta ordenada casa de campo brillaba con un aura de ternura, de felicidad que existía no a pesar del trabajo de la vida, sino gracias a él.

Y por primera vez, anheló algo así en su propia vida.

El siseo de los jugos llamó la atención de Elizabeth. El pato estaba ardiendo.

"¡Maldita sea!", maldijo, acercándose a toda prisa. Miró asustada a su alrededor. No había nada con lo que pudiera agarrar el pincho de hierro caliente sin quemarse.

"No, no voy a dejar que te desperdicies."

Se quitó la manta de los hombros, se envolvió la mano y el brazo con una esquina y buscó la caña. Tras un par de intentos, consiguió poner a salvo al pájaro. Pero mientras tanto, una esquina suelta de la manta se había introducido en las llamas y estaba ardiendo.

¡"Hellfire"! Esto no está sucediendo. No vamos a quemar este lugar".

Dejó caer el pájaro. Enrolló la manta y la arrojó al suelo de tierra compacta, Elizabeth la golpeó con las manos y la pisoteó hasta apagar el fuego.

Con la manta chamuscada, recogió la cena del suelo y le quitó la ceniza que tenía pegada a la piel.

"Mucho mejor", murmuró. "¿Quién dice que cocinar es un arte?"

Pero cuando se volvió para dejar el pájaro sobre la mesa, se le paró el corazón.

Alexander se quedó con el torso desnudo en la puerta.

Estaba tan desnuda como Eva, tan hermosa como una reina hada.

Los ojos de Alexander devoraron cada centímetro de su luminosa piel, deteniéndose en cada deliciosa curva hasta que se dio cuenta de que necesitaba forzar los pulmones para respirar.

"Lo salvé", dijo Elizabeth con orgullo, dejando caer el cadáver quemado del ave sobre la mesa.

Para su gran decepción, ella sacudió la manta y se la echó sobre los hombros, cerrándola

sobre el pecho mientras se apresuraba a cruzar la cabaña hasta la cama.

"Está un poco quemado en la piel, pero definitivamente comestible", continuó.

Cuando ella se inclinó sobre la cama para coger un vestido, él tuvo una hermosa vista de su perfecto trasero en forma de corazón.

"Es un ganso de buen tamaño", dijo por encima del hombro.

No era una oca, pero no tenía sentido corregirla. Ella fingía que él no había estado allí de pie, observándola. Pero lo había estado, y ahora sabía que no había vuelta atrás. No había querido admitirlo, ni siquiera a sí mismo. Lo supo desde el momento en que el barco se hundió bajo sus pies. Tal vez incluso antes, cuando se había zambullido en aquel río desbordado. Sabía que mentía incluso cuando le dijo que no quería casarse.

Elizabeth era suya y se casarían dentro de seis días. Tal y como se sentía ahora, no habría marcha atrás, a pesar de lo que se hubieran dicho el uno al otro. Se preguntó cuánta persuasión necesitaría ella para sentir lo mismo.

Ella se volvió, apretando el vestido contra su pecho. Él siguió mirándola, incapaz de saciarse. Los bordes abiertos de la manta quemada le permitían ver sus largas piernas hasta la cadera. Y luego estaba su rostro, tan despierto y vivo, y su cabello dorado, suelto y salvaje, que le rogaba que hundiera los dedos en sus brillantes mechones.

Ella miraba más allá de él, a la mesa, y él siguió su mirada.

"No sé por qué dije 'ganso'. No es ganso. Es pato. Conozco la diferencia".

Cuando volvió a mirarla, Elizabeth lo estaba estudiando y él se dio cuenta de que estaba casi tan desnudo como ella. Por fin había dejado de llover a cántaros, así que él había limpiado lo peor del barro de sus ropas y las había dejado, junto con sus botas, fuera para que se secaran.

Su mirada se detuvo en su pecho antes de bajar lentamente por su falda hasta sus pies descalzos. Su pecho subía y bajaba. Cuando volvió a mirarle a la cara, se ruborizó.

"¿Cómo te desintoxicaste?", preguntó.

"Me lavé en el estanque de los patos".

"Yo también lo haré".

"Te enseñaré dónde está", le dijo, con la imagen de limpiarla ardiendo en su mente. Sintió que se le ponía dura. Por el demonio, le encantaría recorrer con sus labios cada centímetro de su cuerpo.

"Lo vi debajo del granero".

"Las aguas siguen subiendo", le dijo. "Ya casi llegan al estanque".

"Me las arreglaré".

Empezó a pasar junto a él hacia la puerta, pero antes de que supiera lo que estaba haciendo, la agarró por la cintura y tiró de ella con un movimiento de barrido contra él.

Ella jadeó y él la besó, un beso duro que terminó antes de que ella pudiera siquiera pensar en luchar contra él. Él se apartó.

Pero ella no luchaba contra él. No se movía. Su cara estaba a centímetros de la de él. Los ojos muy abiertos. Una palma se aplastó lentamente contra su pecho. Juraría que había dejado de respirar por completo. Pero su corazón latía tan fuerte que él podía oírlo, ¿o era el sonido de su propio corazón?

"Eres tan hermosa", murmuró contra sus labios, mirándola fijamente a los ojos azules. Le pasó un dedo por la mejilla manchada de tierra y le tocó los labios, aún húmedos por el beso. La sintió estremecerse.

Su boca volvió a bajar hasta la de ella, esta vez con ternura, con caricias.

"Elizabeth".

Le hundió los dedos en el pelo, le acarició la nuca y le acarició la comisura de los labios con la lengua.

Un suave gemido escapó de su garganta. Aquel sonido de rendición era el más dulce que jamás había oído. Ella cerró los ojos. Profundizó el beso, penetrando en la dulce abertura de su boca, explorando. Ella temblaba entre sus brazos, su cuerpo se ablandaba y se amoldaba al de él.

Quería dejar a un lado la manta y el vestido que los separaban. Quería enterrarse profundamente dentro de ella.

Ella se apartó del beso y le miró a los ojos.

"Volveré", susurró.

Capítulo Once

LEVANTÁNDOSE de las limpias aguas del estanque, Elizabeth se escurrió el exceso de pelo, se secó y se echó el vestido de lana por encima de la cabeza.

Sobre ella, el cielo del atardecer iba cambiando de un azul opaco a un rojo dorado a medida que el sol descendía por el oeste. El aire veraniego era fresco y claro. Si no fuera por las aguas que cubrían los campos y los ríos que bajaban de los bosques, a uno le costaría creer que acababa de pasar una tempestad.

Pero la tormenta en su interior seguía arreciando. Cuando pensaba en el beso de Alexander, el corazón de Elizabeth latía con fuerza. Le dolía el cuerpo en lugares inconfesables. Sentía un hormigueo en los labios y aún podía sentir la sensación de falta de aire.

Pasión. Nunca la había conocido. Antes de hoy, nunca se había permitido perder el control, cerrar toda lógica, acallar miedos razonables. Ahora lo entendía, mirando hacia la puerta abierta de la cabaña. Lo deseaba. Quería que Alexander volviera a besarla. Quería más que eso.

Habrían cabido dos dentro del vestido, pero a Elizabeth no le sorprendió. La dueña de la granja estaba esperando. Ya encontraría algo para ceñírselo más. Su pelo mojado estaba revuelto, pero no importaba. Su cuerpo estaba limpio.

Su cuerpo.

Se le escapó un largo suspiro. Rodeó su pecho con los brazos, recordando el anhelante dolor de sus pechos cuando él la besó, el calor líquido que se movía hacia el interior de sus miembros, juntándose en la unión de sus piernas. De hecho, ella quería que él hiciera más. Quería que le hiciera lo que un marido hace a una esposa.

¿Esposo? Recogiendo la manta, se dirigió hacia la cabaña, envuelta ahora en la luz dorada del atardecer.

En ese momento, la vida en palacio y el mundo que había conocido parecían tan lejanos. El castillo de Benmore y las Tierras Altas le deparaban un futuro que, después de todo, no era tan desalentador. Al menos, no si Alexander estaba allí con ella. Ése era el quid de la cuestión, aquel hombre que la esperaba en la colina, en aquella cabaña. Ella quería estar con él. Pero, ¿qué quería él?

"¡Halloo!"

A Elizabeth se le revolvió el estómago. Dos hombres la saludaban desde una barca de fondo plano en el campo inundado bajo el estanque de los patos. Aún estaban lejos, pero reconoció los colores de la reina. Guardias del castillo.

"Fuego infernal", murmuró, con la decepción inundándola. Era demasiado pronto. No quería que la encontraran ahora.

Elizabeth dio un paso atrás.

"Buscamos a una dama del castillo", le gritó un hombre.

"Aquí no hay señoras", respondió, poniendo su mejor acento de Stirlingshire.

"Podría haber un Highlander con ella", dijo el otro hombre. "Es un oso de hombre. No puedes confundirlo".

El pánico le subió como la bilis a la garganta a medida que se acercaban aún más. Si los rescataban ahora, ¿sería suficiente todo lo que habían pasado para que Alexander cambiara de opinión? No podía arriesgarse. Necesitaban más tiempo juntos.

"No, no hay Highlanders. Tampoco osos".

La embarcación se tambaleó y tocó fondo en un lugar poco profundo de la costa. Mientras un hombre utilizaba un remo para liberar la embarcación, el otro la miraba.

"¿Señora Hay?"

Elizabeth sacudió la cabeza y retrocedió dos pasos. Su mente se agitó. Si se daba la vuelta y echaba a correr, seguro que la perseguirían. No estaba preparada para volver al castillo.

"¿No es usted amiga de la reina, señora?"

"No. Yo no, señor".

Los dos hombres la miraban fijamente.

"¿Usted no es Mistress Hay?"

"¿Estás loco?" Hizo un gesto hacia la cabaña. "¿Tengo que ir a buscar a mi marido?"

Los guardias de la reina intercambiaron una mirada.

Les hizo un gesto para que se marcharan. "Será mejor que sigan su camino si quieren volver a Stirling antes del anochecer".

Elizabeth esperó a que dieran la vuelta a la barca. Sacudió y volvió a doblar la manta y observó cómo se alejaban hacia el río.

De pie ante la puerta abierta de la cabaña, Alexander se golpeó la palma de la mano con el puño. Su espíritu se animó al escuchar a Elizabeth elegir quedarse con él en lugar de volver al castillo de Stirling. Ya tenía su respuesta.

Había observado a Elizabeth desde el momento en que bajó al estanque de los patos. La había visto bañarse y vestirse. Y había visto la pequeña barca cruzando los campos inundados.

Cuando los guardias del castillo la llamaron, pensó que su tiempo con ella aquí había llegado a su fin. Pero algo le hizo retroceder y esperar. Ahora se alegraba de haberlo hecho. Su respuesta lo cambió todo.

Agachó la cabeza y salió al corral. Cuando ella se dirigió hacia él, quiso bajar la colina y estrecharla entre sus brazos. Pero esperó, obligándose a permanecer quieto. El vestido que llevaba había sido confeccionado para una mujer más corpulenta, pero él nunca había visto nada tan tentador. Se le veían los pies y las piernas desnudas cuando levantó el dobladillo por encima del suelo empapado por la lluvia. Ella le sonrió y su cuerpo respondió.

Elizabeth no tenía experiencia. Necesitaba darle tiempo, ir despacio, cortejarla. Pero antes de que se pusiera el sol, aquel vestido sería historia y aquellos mechones dorados cayendo en ondas hasta su cintura serían lo único que la cubriría. Aparte de su cuerpo.

"¿Quiénes eran esos hombres de la barca?", preguntó cuando ella se acercó.

"Guardias de Stirling. Querían saber si necesitábamos ayuda".

"¿Qué les dijiste?"

"Les eché", dijo. "Les dije que el pato de nuestra mesa no era lo bastante grande para alimentar a cuatro".

Miró por encima del hombro hacia el barco que desaparecía y Alexander vio el pulso que le latía desbocado en la garganta. Ella evitaba mirarle.

"Me muero de hambre", le dijo. "¿Te has comido ese pájaro entero mientras me bañaba?"

"Pensé en esperarte."

La siguió dentro, sabiendo que a pesar de lo que les había dicho a los guardias del castillo, su tiempo en la cabaña estaba a punto de terminar. Aquellos hombres no se dejaban engañar. Por la mañana, seguramente llegarían otros. Con toda probabilidad, los campesinos que vivían aquí también regresarían.

Se sentó al otro lado de la mesa. Elizabeth sacó la brocheta del pato y se afanó en cortar el ave en trozos, empujando la cena hacia él a través de la mesa. Mientras comían en silencio, él no le quitaba los ojos de encima. Parecía segura de sí misma, a gusto con la sencillez de su entorno, feliz con lo poco que tenían.

Mientras ella dormía, él se había ocupado de cuidar a los animales y preparar el pato. Pero antes de salir, se había tomado un momento para verla dormir. Su belleza le dejó sin aliento. Y luego estaba su beso. Estaba embriagado de ella, impaciente por beber más de sus labios. Quería saborear sus partes más íntimas.

Una cálida brisa recorrió la casa y le pasó un mechón de pelo rubio por la mejilla. Se lo pasó por detrás de la oreja y le acarició la delicada línea de la mandíbula.

Estaba sentada muy quieta, con los ojos muy abiertos.

"Me has sorprendido", dijo rompiendo el silencio. "Y eso no suele ocurrir".

"Podría decir lo mismo".

"Luchando contra la tormenta y todo lo demás, me has demostrado que eres una mujer fuerte y valiente".

"Y soy hábil con el remo", dijo sonriendo.

"Sí, eso también".

No iba a dejar que se distrajera. La quería en esa cama. Quería su cuerpo bajo el suyo. Ya podía sentir su polla enterrada profundamente dentro de ella. Pero necesitaba dejar todo atrás. Habían terminado de cenar. Apartó los huesos con el dorso de la mano.

"Tenía otra razón para venir a Stirling".

"¿Romper nuestro contrato no fue suficiente?", preguntó, con un rastro de tristeza brillando en su rostro.

"No necesito que ningún contrato me diga lo que tengo que hacer. Y creo que tú tampoco".

Ella no lo negó. Habían llegado a un lugar mucho más allá de fingir.

Pero había cosas que necesitaba saber y, al ver que la arena se deslizaba por el reloj de arena, Alexander se adelantó.

"El rey llega esta semana. Me ha ordenado que venga a hablar con él".

Su ceja se levantó sorprendida. "¿Sabes por qué?"

"James tiene la intención de reconstruir y reorganizar su armada, conmigo como Lord Almirante."

Juntó las manos sobre la mesa. Alexander trató de imaginar todo lo que podía estar pasando por su cabeza. Casi podía leer en su rostro los temores de los que había hablado cuando le dijo que no quería casarse con él.

"¿En qué consistirá el puesto?", preguntó finalmente.

Sabía que la verdadera pregunta era cómo la afectaría la oferta del rey.

"Al tomarlo, tendré menos tiempo en el Castillo Benmore. Y menos tiempo con mi esposa".

Elizabeth se quedó pensativa, con la mirada perdida en la ventana abierta.

No quería perderla ahora, dejándola imaginar lo peor mientras él seguía contemplando sus opciones.

"Pero aún no he decidido aceptar la oferta".

"¿Por qué no lo tomarías?"

"Tengo muchas cosas que considerar. Para empezar, no estoy convencido de que mi temperamento sea el más adecuado para la tarea".

"Pero él te buscó. Es un gran honor".

"¿Conoces al rey?"

"No lo conozco", admitió. "No se ha reunido ni una sola vez con la reina Margarita aquí desde que llegué a Stirling. Me ha quedado claro que no tienen un matrimonio amistoso".

"Hay razones para su distanciamiento", afirmó. "La atención que ella recibe de los clanes le enfurece. Los Highlanders sienten por ella una devoción que él nunca ha conocido".

Y eso no sólo era cierto entre la gente del norte. En todo el reino, los planes costosos y poco realistas del rey lo habían convertido en un gobernante impopular.

"He conocido a muchos nobles que han sido alienados por él", dijo. "Algunos son miembros de su familia inmediata".

"La debilidad de su carácter y de su juicio le hace rodearse de aduladores. Y es un círculo en constante cambio".

Alexander se dio cuenta de que ése era el meollo de su problema. Al diablo el temperamento. ¿Cómo iba a convertirse en almirante de la armada del rey si respetaba tan poco al hombre que lo había puesto al mando?

"La Reina Margarita es muy diferente", dijo. "Pero he visto su favoritismo de primera mano. El hijo mayor del rey vive aquí en Stirling, ignorado por su propio padre".

Otro eslabón en la cadena de errores que parecían definir el reinado de este rey.

"Sólo un hombre inseguro estaría celoso de su hijo y de su propia mujer. Se dice que si Margaret dice que el cielo es azul, él dirá que es negro sólo para fastidiarla". Alexander frunció el ceño. "Pero la política de la corte puede ser un asunto mortal".

Estiró las piernas bajo la mesa y se rozaron con las de ella. Elizabeth se sentó recta, recogiendo las piernas. Temía que lo que habían ganado lo perdieran. Tenía que hacerle comprender que nada era definitivo tal como estaba ahora, y que si había que elegir, no habría competencia. Se casaría con ella sin pensárselo dos veces y perdería el favor del rey.

"La reina Margarita tiene muy buena opinión de ti", dijo. "Ella fue quien ideó el plan para que te llevara a la abadía".

"Para conocer a mi amigo, Sir Robert Johnstone." Sonrió.

"Creo que se aseguró de que nunca llegaríamos tan lejos. Esos niños llamándome 'mamá'. Los guardias de la reina dándonos la espalda. El herrero asustado que no pudo huir lo bastante rápido cuando nos perseguiste", se burló. "Tiene ideas románticas sobre caballeros que acuden en ayuda de damiselas en apuros".

"Me gusta cómo han salido las cosas", dijo, cruzando la mesa y cogiéndole la mano. "Tendré que darle las gracias por habernos reunido aquí a ti y a mí".

Ella le miró.

"Solo", dijo.

Se acercó a ella y le acarició el labio inferior con el pulgar. Ella no se apartó de él, y él sintió que la recorría un temblor.

"A solas en esta cabaña donde puedo violarte... ...en esa cama, en esta mesa, aquí en mi regazo".

A Elizabeth se le levantó el pecho al respirar agitadamente. Él le sostuvo la mirada. Ahora quería tomarla, y era justo que ella lo supiera.

"Pero antes de todo eso, resolvamos una cosa". Le besó la palma de la mano. "¿Quieres casarte conmigo?"

"Sigo siendo un Lowlander".

"Tú y yo estamos prometidos desde hace décadas. Mi clan te considera uno de los nuestros. Te quieren allí, en el castillo de Benmore", le dijo. "Y recuerda, tienes hierro en la voluntad y cerebro en la cabeza. Los Macpherson tendrán suerte de tenerte".

Le ardían las mejillas. Sus dedos se entrelazaron con los de él.

"Cásate conmigo, Elizabeth."

Capítulo Doce

DESPUÉS DE TANTOS AÑOS, sus vidas habían chocado. Como dos gotas de lluvia que caen en el aire una al lado de la otra, golpean la superficie de este estanque inundado, salpican y luego se funden en algo más grande.

Cada una tenía deseos, responsabilidades y sueños; pero ahora habían entrado en una vida de nuevas posibilidades, y Elizabeth sabía que ahora debían unirse, trabajar juntas, para hacerlo todo realidad.

La profesión de Alexander le llevaría lejos de ella. Eso era innegable. Si se casaba con él, pasarían tiempo separados. Si aceptaba su oferta, Elizabeth tendría que ser fuerte. Tendría que tener confianza en sí misma y estar dispuesta a aceptar su clan. A veces con él, a veces sola, tendría que construir un futuro para todos.

Hace dos días, la perspectiva la aterrorizaba. Ella tenía planes, un futuro diferente en mente. Y lo más importante, no conocía el carácter del hombre que era su pretendiente. Pero habían pasado muchas cosas. Y no fue el peligro de las tormentas o sobrevivir juntos a esta aventura lo que terminó de decidirla. Fue conocer al hombre más allá de su desalentadora reputación... y comprender a la mujer que acechaba en su propia piel.

Durante veintitrés años había sido una observadora de la vida. Tanto si acompañaba a su padre en sus numerosos proyectos como si vivía en la corte de la reina Margarita, había observado desde una distancia prudencial, había aprendido algunas cosas, pero nunca se había sumergido por completo. Nunca había creado nada propio. Ahora tenía una oportunidad. Mientras él fuera suyo y ella fuera suya -por un día o por toda la eternidad-, Elizabeth estaba preparada. Esas posibilidades estaban a su alcance.

"Me casaré contigo, Highlander", le dijo ella. "Pero de vez en cuando, ¿me llevarías a bordo de tu barco si prometo aprender a nadar?".

Se rió y sus hombros se relajaron. La dura línea de su mandíbula se suavizó. Ella no se había dado cuenta hasta ese momento de que él había estado ansioso por su respuesta.

"Te enseñaré a nadar", respondió. "Y te llevaré conmigo donde quiera que vaya. Cuando quieras".

Sin soltarle la mano, se levantó y rodeó la mesa. Ella se quedó de pie, con las tripas revueltas por lo que sabía que iba a ocurrir. Nunca, antes de conocer a Alexander, había pensado en lo inevitable de este momento. Ningún otro hombre le había hecho temblar así las entrañas.

Se quedó mirándole los labios, recordando la presión que ejercían sobre los suyos.

"Tócame, Elizabeth".

El deseo se apoderó de ella. Una necesidad intensa y primitiva comenzó en su vientre y se extendió como el fuego por sus miembros.

Extendió la mano y le tocó el pecho, pasando los dedos por los tendones tensos, por una cicatriz tan larga como su mano. Sus músculos y su piel reaccionaron al tacto. Bajó la mano hasta el abdomen, donde el vello oscuro formaba un triángulo y desaparecía en el cinturón. Lo recorrió hacia abajo.

Era consciente de que ella respiraba entrecortadamente, pero él también.

Le cogió las manos y se las puso alrededor de la cintura, acercándola hasta que sus cuerpos se encontraron. A través de las capas del vestido y la falda escocesa, sintió la pronunciada cresta de su erección. Un calor le recorrió las extremidades. Quería derretirse y amoldarse a su cuerpo. Recorrió las duras líneas musculares de su espalda.

"No puedo aguantar mucho esta primera vez", dijo.

"¿Habrás más de una vez?", preguntó tímidamente.

Sus labios descendieron sobre los suyos, besándola con una pasión que la abrasó. En toda su vida, nunca había sentido ese anhelo que él encendía en ella. Era un fuego que sólo la hacía desear arder más. El latido que había comenzado en su vientre se volvió blanco, palpitando deliciosamente. Elizabeth quería que él la tomara... aquí mismo, en ese momento.

"Una segunda vez", gruñó. "Y una tercera también, si me das tiempo. Puedes hacer lo que quieras conmigo tantas veces como desees".

La cogió en brazos y la llevó al otro lado de la casa.

A cada paso, su boca rozaba su cuello, dejando una estela de hormigueo a lo largo de su piel y extendiendo un delicioso dolor por todo su cuerpo. Cuando la puso de pie junto a la cama, la estrechó contra sí, apretándole el muslo íntimamente entre las faldas. La necesidad se apoderó de ella. Era como correr de cabeza colina abajo, loca y fuera de control. Elizabeth intentó respirar con calma para ralentizar y prolongar la ardiente locura.

Tiró lentamente del vestido por encima de su cabeza y lo dejó caer a sus pies. Vio que sus ojos se oscurecían. Su cuerpo reaccionó a la caricia de su mirada, con punzadas de calor que seguían la trayectoria de sus ojos. Su piel, su carne, ansiaban ser tocadas.

"Me dejas sin aliento con tu belleza", dijo.

"Me has visto desnudo antes".

Le miró la cara enrojecida, con el pulgar bajando por la columna del cuello. "¿Pero te he tocado antes?"

"Lo hiciste, apartando las abejas. ¿No te acuerdas? Tú... ."

Elizabeth olvidó lo que iba a decir cuando un dedo trazó una lenta y seductora línea hasta sus pechos. Sus palmas acariciaron el peso de cada uno de ellos y sus pulgares rodearon los sensibles pezones.

"¿Te he probado antes?", preguntó mientras su boca se cerraba sobre una.

Gritó suavemente al sentir el tirón de sus labios. Su respiración se entrecortó cuando enredó los dedos en su pelo. Observó asombrada los duros planos de su atractivo rostro contra las curvas de su carne.

"Creo. . . Creo que habría recordado esto".

Alexander sonrió mientras la sentaba suavemente en la cama y retrocedía.

Se desabrochó el cinturón. Elizabeth observó los movimientos de sus manos. Se quitó la falda de las caderas y la dejó caer al suelo.

Elizabeth había visto cuadros y estatuas de dioses y héroes. Comprendía la anatomía masculina. Pero él era de carne y hueso. Era duro y más grande que cualquier griego o romano. Alexander Macpherson era mucho más impresionante. Y era suyo.

Él se acercó a ella, y un estremecimiento la recorrió mientras se recostaba y le abría los

brazos. Se estremeció mientras una excitación desconocida se apoderaba de ella. Sus manos recorrieron la espalda de él y le agarraron las nalgas duras como rocas. Abrió las piernas, sabiendo instintivamente que el alivio sólo llegaría cuando estuvieran unidas.

"Demasiado pronto", susurró entrecortadamente.

Le cogió ambas manos y las empujó hacia la cama, alejándolas de su cuerpo. Su boca se dirigió a sus pechos, lamiéndolos y acariciándolos mientras los temblores de excitación aumentaban aún más.

La piel de Elizabeth ardió cuando los dedos de él rozaron perezosamente su vientre, bajando hasta tocar el centro fundido de su deseo.

Ella dejó de respirar cuando los labios de él la siguieron, deslizándose hacia abajo a lo largo de su cuerpo. Metió la mano debajo de ella y le levantó las nalgas, acercándoselas a la boca.

Elizabeth arqueó la espalda y gritó, pero Alexander la mantuvo donde quería, saboreándola. Sin esfuerzo, sin pensar, sus caderas empezaron a moverse al ritmo de un latido que surgía de lo más profundo de su ser, y él continuó provocándola hasta que se vio arrastrada por las corrientes de la pasión hasta el mismo corazón de la tormenta. Por fin, con un grito desesperado, lo agarró por el pelo antes de que la locura la desbocara.

Aspiró y contuvo el aliento mientras una oleada tras otra de placer la arrastraba hasta convertirse en una hoja que se arremolinaba en el viento. Arqueó la espalda y gritó su nombre.

"Hazme tuya", gritó. "Quiero sentirte dentro de mí".

Subió y la besó mientras la penetraba. Las piernas de ella se apretaron en torno a él y él la penetró profundamente. Empujó fuerte y profundamente, acelerando sus movimientos hasta que estallaron juntos, sus gritos de éxtasis se mezclaron en la cálida noche de verano.

Esto es pasión, pensó mientras su mente volvía lentamente a su cuerpo.

Esto es amor, se dio cuenta, mirándole a los ojos azules.

Ella amaba a Alexander. E iría al fin del mundo con él.

Habían llegado antes de lo que esperaba.

Una oleada de sentimientos recorrió a Alexander mientras miraba a Elizabeth, dormida en la cama. Esto no era más que el principio, el comienzo de su vida, se recordó a sí mismo.

Pero malditos sean por llegar tan pronto, maldijo, escuchando los barcos que se movían por los campos inundados.

Salió al aire fresco de la mañana, se puso la camisa, se ajustó la falda escocesa y se acercó a la orilla del agua para recibir a los visitantes.

La riada empezaba a retroceder y dos barcas avanzaron a trompicones por los bajíos hasta que ya no pudieron acercarse más a la orilla. Cada embarcación llevaba guardias del castillo, y reconoció al pasajero de aspecto distinguido de una de ellas. Ambrose Hay, el padre de Elizabeth. Había venido en persona a buscar a su hija.

Mientras esperaba a que el anciano vadease la orilla, Alexander se recordó a sí mismo que las tres -o cuatro- veces que había hecho el amor con Elizabeth la noche anterior eran sólo un atisbo de su futuro. No iba a renunciar a ella.

El padre de Elizabeth apenas había pisado tierra firme cuando comenzó su aluvión de preguntas.

"¿Ya está decidido?", preguntó. "Cuando mi hija mintió ayer y mandó a esos hombres a paseo, ¿significa eso que ha decidido seguir adelante? ¿Habéis llegado a un acuerdo? ¿Os vais a

casar?"

Así que Elizabeth le había dicho a su padre lo que pensaba del matrimonio.

"Le he propuesto matrimonio y ella ha aceptado", dijo Alexander, tranquilizando al hombre. "La boda se celebrará según lo previsto".

Un soplo de alivio estalló en Ambrosio. Se echó a reír.

"Salve a la Reina Margarita. Ella lo hizo. Ella lo organizó todo".

Alexander cruzó los brazos sobre el pecho. Elizabeth ya le había contado la parte de la que había sido consciente. "¿Qué quieres decir con todo? ¿Qué dispuso exactamente la reina?"

"No sé qué te habrá contado mi hija, pero para ser sincero, la muchacha sólo sabía la parte de llevarte a la abadía". El hombre mayor sonrió. "La conmoción en el pueblo, los guardias alejándose de Elizabeth. Todo, excepto el intento de secuestro, fue urdido por la reina. La última parte fue sólo un herrero aterrorizado, actuando y no pensando".

Anoche, él y Elizabeth lo habían supuesto.

"La reina sería una excelente estrategia militar si mirara de vez en cuando por la ventana", dijo Alexander con ironía. "Estoy bastante seguro de que puede reconocer un río desbordado desde la Torre Blanca".

"Cierto. Fue un juego peligroso al que expuso a mi hija". Ambrose miró por encima del hombro hacia el río crecido. Un momento después, se volvió de nuevo. "Cuando Elizabeth despidió a los hombres que vinieron a buscarte, la reina lo tomó como un triunfo total. Me avisó en cuanto regresaron los hombres. No tenía ni idea de que a la reina Margarita le gustara tanto blandir las flechas de Cupido. La reina lo planeó todo para dejarlos solos, para darlos tiempo juntos, esperando que decidierais seguir adelante con la boda. La tormenta y las inundaciones sólo añadieron más aventura, a su pensamiento".

"Me alegro de que no la hayamos preocupado", dijo el Highlander, sin intentar ocultar su sarcasmo.

Menos mal que no había herido a nadie en el pueblo. O matado a alguien. Alexander se preguntó si la reina también sabía de su reticencia al matrimonio. Nada de eso importaba ya. Ni la intriga, ni la manipulación, ni los evidentes fallos del plan. Sí le irritaba un poco pensar en lo peligroso que era para Elizabeth.

Elizabeth.

Se volvió y miró hacia la casa. Se le cortó la respiración al verla de pie en la puerta abierta.

No esperó al anciano y subió la colina hacia ella. Su mirada seguía cada uno de sus pasos. El rubor de sus mejillas impecables era un indicio de que recordaba todo lo que habían hecho la noche anterior, todo lo que se habían dicho.

Ella se acercó a él y él le cogió la mano, apretando la palma contra sus labios. Ambrose Hay se dirigía hacia ellos.

"Como puedes ver, tu padre ha llegado. Tenemos que volver".

"Que se vaya", murmuró ella, moviéndose entre sus brazos y apretando la mejilla contra su pecho. "Es demasiado pronto.

"Cinco días", le dijo. "Nos casaremos en cinco días".

"¿Y si algo sale mal?"

"Tú eres mío y yo soy tuya. Marido y mujer. Nada puede salir mal".

Capítulo Trece

Castillo de Stirling Cuatro días después

"NO TE CASARÁS CON ALEXANDER MACPHERSON."

Tenía que estar malinterpretando las palabras del rey. Esa era la única posibilidad. No podía estar pasando. Nada de esto podía estar pasando.

Elizabeth echó un vistazo a la colorida asamblea. En el centro de todo, el rey Jaime estaba sentado en la silla de felpa tallada que su familia había traído de Edimburgo. Hizo un gesto al joven noble que estaba a su lado para que le rellenara la copa de vino. Un músico rasgueaba una lira en un rincón. El monarca le devolvió la mirada.

"Has recibido tus instrucciones", dijo. "Pueden retirarse".

Cuando había sido convocada a la cámara de recepción del rey, Elizabeth no tenía ni idea del motivo. ¿Pero esto? Esto era cruel. ¿Qué había hecho para merecer semejante orden? ¿Un castigo así?

"¿Sigues aquí?" El rey la fulminó con la mirada.

Miró al hombre bajito sentado en su enorme silla. Algo en su rostro la preocupaba. Eran sus ojos. Estaban alerta, mirando constantemente de un lado a otro como si esperaran que en cualquier momento se materializara un posible ataque. Alexander tenía razón: aquel hombre no inspiraba confianza. Pero eso no significaba que no fuera peligroso.

"¿Estás sorda, mujer?"

"No, señor. Sólo intento asimilar lo que habéis dicho".

"Dije que no te casarás con Macpherson. No es difícil."

La boda estaba fijada para mañana. Anoche, después de cenar, Alexander y ella habían pasado unos momentos a solas en los jardines. Hablaron de su matrimonio y del viaje que él pensaba hacer con ella por las Orcadas. Le dijo que se celebraría una segunda boda en el castillo de Benmore. Todo bien. Todo alegre.

Y esta mañana había llegado el rey.

"Pero le ruego que me disculpe, milord", dijo Elizabeth, decidida a decir lo que pensaba. "Tenemos un contrato matrimonial firmado y sellado hace décadas. Nuestras familias..."

"No me interesan esos detalles".

Se quedó mirando un momento, sin saber qué responder. Le hubiera gustado reunirse con Alexander antes de venir aquí. ¿Sabía él algo de esto? ¿Había recibido la misma orden abrupta?

"Si he hecho algo que ofenda a Su Majestad, le ruego que me lo diga", dijo.

"¿Qué has podido hacer para ofenderme?", se burló. "Las decisiones del monarca están tan

por encima de ti como el sol de la tierra".

Ella amaba a Alexander. No lo aceptaría sin luchar. Si el rey Jaime esperaba que ella renunciara a su futuro juntos sin una explicación, entonces era realmente un tonto.

"Por supuesto, señor. Pero si pudiera condescender a darme una razón para romper este contrato. "

"¿Razón?", ladró.

"Razón", repitió con lo que esperaba fuera una voz calmada. "Algo más que una vieja promesa nos une, milord. Alexander..."

El rey se puso en pie, con el rostro encendido.

"Mi palabra es razón suficiente", roncó. "Pero te diré esto. Será mi Lord Almirante, y se casará con la mujer que yo elija. Y esa será Ana, hija del duque de Bretaña. Y si intentas desafiar mis deseos, despojaré a Macpherson de su cargo y pondré su cabeza en una pica. ¿Es razón suficiente?"

El silencio en la cámara era escalofriante. Incluso el músico había dejado de tocar.

El rey volvió a sentarse y recogió el vino de la mesa.

"Ahora vete, mujer. Puedes dejar tu vestido de novia para otro día".

Al cruzar las puertas del castillo de Stirling, Alexander contempló la Torre Blanca y juró que derribaría el maldito lugar piedra a piedra si era necesario para encontrarla.

La carta que había recibido de Elizabeth respondía al mensaje que le había enviado antes de la maldita tormenta. Ella fingía como si la semana pasada no hubiera ocurrido. Que nunca habían bajado la colina hacia la abadía de Cambuskenneth. Que no se habían quedado varados por las inundaciones. Que no habían hecho el amor. Que no habían planeado una vida juntos.

La carta de Elizabeth decía que no se casaría con él mañana.

Alexander no necesitó derribar ningún muro. En los jardines de Nether Bailey, la encontró de pie con una de las acompañantes de la reina junto a un muro bajo que miraba hacia la abadía. Cuando se acercó, la expresión de su rostro bastó para que la otra mujer saliera corriendo.

Le tendió la carta. "¿Qué quieres decir con esto?"

Y entonces lo vio. Los ojos hinchados. Las lágrimas corriendo por su cara.

"Elizabeth, ¿qué pasa?"

No le dio oportunidad de protestar y la tomó en sus brazos. Ella se corrió de buena gana mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

"Háblame. ¿Por qué esta carta? ¿Qué te ha disgustado?"

Pasó algún tiempo antes de que pudiera recuperar el aliento y hablar. Se apartó y miró hacia los edificios del castillo. "Aquí no. Alguien podría vernos".

"No me importa si toda la maldita corte nos ve", le dijo. "¿Por qué deberíamos escondernos?"

Elizabeth lo cogió de la mano y lo atrajo hacia una alcoba junto a la escalera. Perplejo, le pasó el pulgar por debajo de los ojos y le levantó la barbilla. Le partía el corazón verla tan angustiada. Rozó sus labios con los de ella y saboreó el sabor salado de las lágrimas.

"Dime", dijo.

Apoyó un momento la frente en su pecho y luego le miró. "El rey me ha convocado esta mañana. Me ha ordenado que no me case contigo".

Si Elizabeth no estuviera tan alterada, se habría reído a carcajadas. Para ser tan pequeño, James Stewart tenía piedras del tamaño de balas de cañón. Eran mucho más impresionantes que

el cerebro del tamaño de un guisante que traqueteaba en su cráneo.

Pero Alexander no se rió. No podía. Ahora todo tenía sentido. Comprendió la carta de Elizabeth.

"El gusano altanero me dijo lo mismo esta mañana", le dijo. "No debió de gustarle mucho mi respuesta, así que vino a por ti".

"¿Qué le dijiste?"

"Le dije que no deseaba ser Lord Almirante de su armada. No formaría parte de la reconstrucción de una flota para él. No soy el hombre para él. Y no me casaré con nadie más que contigo".

Sus ojos azules brillaban con lágrimas. "¿Dijiste eso?"

"Sí, pero parece que debería haberle cogido por el cuello en su lugar". Le limpió la humedad de sus sedosas mejillas. "Y si el hombre mereciera mi tiempo, le habría dicho que ningún título o riqueza me convencería jamás de alejarme del mayor tesoro de mi vida". No, Elizabeth. Nos casaremos mañana. Él no puede estropear eso".

"Pero puede", gritó mientras aparecían nuevas lágrimas. "Me amenazó con matarte si desobedecía".

A Alejandro no le sorprendió que el rey no le hiciera la misma amenaza cara a cara. Pero el petulante cobarde no tuvo reparos en asustar a Isabel con sus palabras vacías.

"James es un canalla y un fraude, mi amor, y un mezquino además. Sólo dice esas cosas porque lo rechacé y porque Margaret ha estado cacareando que nos unimos".

"Pero te amenazó de muerte", repitió. "Pondrá tu cabeza en una pica. Me lo dijo".

"Déjale intentarlo. No puede hacerlo".

Ella negó con la cabeza. "Es el rey, Alejandro. Puede hacer lo que quiera".

"Y yo soy Macpherson del Castillo de Benmore", dijo con firmeza. "Soy un Highlander, con más aliados entre la nobleza de Escocia que-"

Le puso los dedos sobre los labios, haciéndole callar. "No hables a traición. No le des más razones para hacerte daño. Te quiero. No puedo soportar que te hagan daño".

"Y yo te amo. Lo arrastraré del trono si es necesario. No se atreverá a interponerse entre nosotros".

Por muy alterada que estuviera antes, ahora estaba peor. Frunció el ceño, dándose cuenta de que sólo había aumentado su angustia.

"Puedo manejar esto, Elizabeth. Sus palabras son amenazas vacías".

"No puedo. Ella negó con la cabeza, alejándose de él. "No puedo hacerlo. Te quiero. No puedo ponerte en peligro de esta manera".

"Confía en mí, mi amor, cuando digo que no tiene ningún control sobre nosotros. Ningún poder sobre nosotros".

"No puedo. No puedo arriesgarme".

"Mañana nos casaremos. Y lo verás por ti misma. Ha intentado crear una ilusión para asustarte. Algo que no puede ser".

"No", lloró. "No lo haré".

"¡Elizabeth!"

"No estaré allí mañana", gritó, saliendo corriendo.

Dicen que en un castillo no hay secretos. Elizabeth no sabía cómo fue que su padre se enteró de su tormento, pero se alegró cuando acudió a ella. Necesitaba ayuda. Necesitaba consejo sobre

cómo sellar el enorme agujero de su corazón.

Ella amaba a Alejandro. Pero no podía entender su temeridad cuando se trataba de las amenazas del rey.

Sentada junto a Ambrosio en el banco de un rincón privado de los jardines del castillo, toda la historia salió a la luz. Le contó todo lo que dijo el rey. Le habló de la actitud de Alejandro.

"¿Entiendes ahora por qué soy tan desgraciada?", preguntó. "¿Ves por qué no puedo ir a la iglesia para mi propia boda?"

"Entiendo", dijo el anciano en voz baja. "¿Por qué no has llevado esto a la atención de la Reina Margarita?"

"Eso sería un error. La reina no tiene influencia sobre el rey James. Su participación sólo complicaría la situación y la empeoraría".

"Es muy astuto por tu parte". Ambrose asintió. "Ahora dices que Alexander no está respondiendo razonablemente a esta amenaza".

"El hombre es un guerrero. No teme a nada. Se cree invencible. No respeta el poder del rey. Cree que esto es simplemente una batalla de voluntades que puede ganar".

"¿Y tú no?", preguntó su padre. "¿No confías en su juicio en esto?"

Se levantó, retorciéndose las manos. ¿Cómo podía explicar sus temores?

"Es su vida la que está en riesgo. Su vida". Empezó a caminar. "¿Se comportaría igual si el rey amenazara con poner mi cabeza en una pica? Creo que no".

El rostro de Ambrose mostró su indignación ante la mera sugerencia. "Creo que Macpherson destriparía al rey como a un bacalao antes de que eso ocurriera".

"¡Padre!"

"Hija, James Stewart no es tan tonto como para hacer semejante amenaza a un hombre tan peligroso como tu Alexander".

Elizabeth había formado parte de la vida de la corte el tiempo suficiente para saber lo peligrosa que podía ser la política. Había oído hablar demasiado de ataques letales en la sombra en represalia por el más leve de los insultos, y de encarcelamientos por la mera sospecha de traición. Aún se contaban historias de todas las cabezas de nobles que el rey había clavado en picas tanto aquí como en Edimburgo.

"No te dejes influir por los rumores", le ordenó tajantemente, como si leyera su mente. "Confía en él, Elizabeth".

Se enfrentó a su padre. "¿Cómo puedo cuando voy a poner la soga alrededor de su cuello?"

"Confía en él cuando te diga que todo esto son maniobras mezquinas del rey".

Quería gritar de frustración. Era una maniobra mezquina de un hombre que no era más maduro que un niño pequeño. Un niño muy peligroso y poderoso.

"Las historias han estado circulando durante quince días que sus nupcias no tendrían lugar. Pero Margaret demostró que estaban equivocadas". Ambrose Hay se levantó y tomó su mano entre las suyas. "Y pocas cosas irritan más al rey que ver feliz a su reina".

Hoy era la primera vez que se encontraba con el tirano. A Elizabeth no le costaba creer que James llegara a tales extremos simplemente para molestar a su esposa.

"Si mañana no te presentas en la capilla de San Miguel -continuó su padre-, nadie sabrá que te amenazaron. La corte y los invitados que han llegado creerán que la reina exageró su éxito. Quedará en ridículo y el rey ganará".

¿A esto dedicaba su tiempo el gobernante de su país? ¿Algo tan trivial? Lamentablemente, Isabel sabía que era la verdad.

"Así es la vida, hija. Dices que quieres a Alejandro. La confianza y el amor son dos de los

pilares de un buen matrimonio", aconsejó el hombre mayor. "Tú misma lo has dicho. Es un guerrero intrépido. Se cree invencible. Sus logros lo avalan. La oferta del rey de dirigir su armada se basó en las habilidades de Macpherson, su poder y su juicio. ¿No crees que es hora de que tú también confíes en él?"

Confiaba en Alexander, pero eso no era suficiente. ¿Y si el rey Jaime decidía arrestar a Alejandro para asegurarse de que la ceremonia de mañana no se celebrara? ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar el hombre para ver fracasar a su esposa?

Se volvió hacia su padre. "Necesito tu ayuda".

"Cualquier cosa. Dímelo".

"Escribiré otra carta a Alexander en este momento. Dile que mi decisión es definitiva y que mañana estará solo en el altar. Que no nos casaremos". Cogió la mano de su padre. "Haz que la carta sea interceptada y leída por los hombres del rey antes de que llegue a mis destinatarios".

Capítulo Catorce

Castillo de Stirling Día de la boda

"SEÑORA", gruñó Alexander.

"Highlander", respondió Elizabeth, acercándose a él.

"Maldita sea", maldijo, apartándole el velo de la cara. "Mentiste.

"Pero he venido", dijo ella, aún incapaz de respirar más allá del nudo que tenía en el pecho. Lo único en lo que podía pensar era en lo que su desafío podría acarrearle. "Envié esa carta para asegurarme de que no te pasara nada antes de ahora".

"El sello estaba manipulado cuando lo leí. Había sido leído por otros".

"Con eso contaba. Y ahora estamos aquí. Pero si te pasa algo... . si te arresta o . . . ¡Tengo miedo, Alexander!"

Se llevó cada una de sus manos a los labios, apretando un beso en sus palmas. "No temas nada, mi amor."

A través de un torrente de lágrimas no derramadas, los ojos de Elizabeth recorrieron al magnífico guerrero que tenía delante. Y era magnífico. Alexander llevaba el pelo largo y negro recogido. Como un auténtico Highlander, vestía su mejor falda escocesa y una camisa de reluciente seda blanca. Un tartán rojo, azul, verde y blanco cruzaba su ancho pecho, y el sol brillaba en la empuñadura de su larga espada y en las armas del clan inscritas en su broche de oro.

"Confía en mí", dijo.

Intentó armarse de valor con la mirada de confianza de su atractivo rostro. Sus ojos azules brillaban de amor cuando se cruzaban con los de ella.

"Tú y yo para siempre". Le puso la mano en el brazo. "Ya es hora."

Las notas de la gaita dieron paso al arpa cuando ambos entraron en la capilla. Los invitados se volvieron para saludarles. La mirada de Isabel se dirigió a la reina Margarita, de pie a la derecha del altar, que asentía con la cabeza.

El nudo en su pecho se hizo más grande cuando su mirada se desvió hacia la izquierda del altar, donde se encontraba el rey con su séquito. Su disgusto era evidente cuando fijó en ellos sus agudos ojos.

Le arrastraban los pies y un terrible cansancio la invadía. No podía tragar, no podía forzar suficiente aire en su pecho. La multitud de la capilla desapareció. En su mente vio un patíbulo, un bloque manchado de sangre y a un Highlander siendo arrastrado por los tortuosos escalones. Se le bloqueaban las rodillas y luchaba por poner un pie delante del otro. Elizabeth no se dio

cuenta de que tenía agarrado el brazo de Alexander hasta que él le cogió la mano y entrelazó los dedos. Sus ojos se encontraron con los de ella.

"Confía en mí", volvió a decir.

Elizabeth se obligó a mirar sólo hacia el altar. Ya casi habían llegado. Siete pasos. Cinco pasos. Cuatro.

El rey Jaime se movió, llamando su atención. Susurraba algo al guerrero que se alzaba tras él. El hombre del rey hizo una señal a dos guardias de igual tamaño, que inmediatamente se acercaron al monarca.

Era el momento. Había llegado el final.

Llegaron al altar. El tambor de su corazón amortiguó la voz del sacerdote, que subía y bajaba en las cadencias medidas de la mezcla de latín y gaélico.

Manteniendo al rey y a sus hombres en la periferia de su visión, ya no podía concentrarse en nada más. ¿Esperaría a que intercambiaran sus votos antes de apresar a Alejandro? ¿Lo arrancarían de sus brazos? ¿Del santuario de una iglesia? ¿Estaba a punto de perderlo para siempre? ¿Cómo podría vivir después de hacerle esto?

Elizabeth sintió un movimiento detrás de ellos y miró por encima del hombro. Un Highlander alto se había separado de la multitud y ahora estaba detrás de Alexander.

"¿Quién es?", preguntó en un susurro.

"Hugh Campbell", respondió Alexander. Hizo un gesto al sacerdote para que continuara.

Oyó el ruido de otro par de botas que se acercaba detrás de ellos. Esta vez reconoció al hombre que apoyaba su matrimonio. Sir Robert Johnstone, el pretendiente de Clare.

Alexander le apretó la mano para tranquilizarla. Al oír que otros se acercaban, Elizabeth volvió a mirar hacia atrás y sintió que el nudo se le aflojaba en el pecho. Cada vez se les unía más gente, hasta que al menos un centenar de nobles y guerreros -de las Highlands y las Lowlanders- les apoyaban.

La mirada de Isabel se desvió hacia el rey. Sus ojos iban de ella a Alejandro y al ejército que tenían detrás. Durante un largo momento reinó un silencio quebradizo en la capilla. Ella contuvo la respiración, sintiendo únicamente la suave presión de la mano de Alejandro.

Entonces, con un movimiento del dedo, James Stewart hizo un gesto a sus guardias para que volvieran a las sombras. Asintió casi imperceptiblemente a Alexander y volvió la cara, mirando fijamente al altar.

Como si nada hubiera ocurrido, el sacerdote levantó las manos en señal de oración y prosiguió con la ceremonia. Desde la reja de bandas de hierro situada detrás del altar, el sonido de las voces de las monjas respondió a las plegarias.

Cuando llegó el momento, Alexander y Elizabeth se giraron y se miraron e intercambiaron sus votos. Hombre y mujer. Para siempre.

Miró a su marido a la cara y recordó el viaje que les había traído hasta aquí. Los peligros, las risas, la pasión, la confianza.

"Te amo, Highlander."

"Te quiero, Elizabeth."

Alexander la levantó y le besó las lágrimas de cada mejilla antes de capturar su boca con aquel símbolo eterno de promesa, devoción y amor.

Cuando la dejó en el suelo, Elizabeth se dio cuenta de que una multitud había hecho cola, ansiosa por felicitarles. Con el brazo de su marido rodeándola, Elizabeth se dirigió al primero de la fila.

King James.

Epílogo

ALEXANDER MACPHERSON DECLINÓ la oferta de Jaime III de servir como Lord Almirante de su armada. Sin embargo, la relación entre los Macpherson y la corona mejoraría mucho a lo largo de las generaciones futuras.

Jaime III no aprendió de sus errores. Líder temperamental y corto de miras, siguió una política equivocada de cortejar una alianza con Inglaterra. Promovió a lacayos favorecidos que se sirvieron a sí mismos y engordaron a costa del pueblo escocés. Las cosas empeoraron cuando el rey, cada vez más impopular, se distanció totalmente de su hijo mayor, el futuro Jaime IV.

En 1488, el rey se enfrentó a una revuelta. Los nobles se alzaron contra él con el príncipe heredero a su lado. El joven heredero al trono estaba enfadado por el favoritismo de su padre hacia su hermano menor, y los señores rebeldes explotaron la desavenencia familiar. El rey se enfrentó a los rebeldes en una batalla cerca de Stirling. Al ser derrotadas sus fuerzas, Jaime huyó y murió buscando refugio en las cercanías.

Su hijo, sólo una figura decorativa para el ejército rebelde, se convertiría en el siguiente monarca Stewart y posiblemente en uno de los mejores reyes de Escocia.

Los tres hijos de Alejandro e Isabel iban a desempeñar papeles clave en las décadas siguientes. Alec, el mayor, lucharía junto a Jacobo IV en Flodden Field. Su segundo hijo, Ambrose, ejercería de diplomático guerrero y llegaría a desafiar al rey inglés Enrique VIII. Irónicamente, o tal vez inevitablemente, su hijo menor John se convertiría un día en Lord Almirante de la Armada.

Los Macpherson habían llegado.

Gracias por tomarse el tiempo de leer *Una boda de verano*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o escribe una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor... y se agradece mucho.

Y no deje de visitar a los vástagos de Elizabeth y Alexander, a partir de *El cardo y la rosa*. En esa novela completa y premiada, Alec Macpherson y su amigo Colin Campbell se involucran con una misteriosa joven que llega con un bebé a las puertas del castillo de Kildalton durante los caóticos días posteriores a la violenta muerte del rey escocés.

Nota del autor

Esperamos que hayan disfrutado de esta precuela de nuestra saga del Clan Macpherson.

Para los muchos puristas y aficionados a la historia que hay entre nuestros lectores, nuestra descripción de los problemas matrimoniales entre Jaime III y su reina, Margarita de Dinamarca, es bastante exacta. Por supuesto, esperamos que acepten la ficción que tejemos en torno a ellos y se enamoren de nuestros héroes y heroínas.

Después de escribir nuestra primera novela, *El cardo y la rosa*, nos enteramos por los lectores de que nuestros personajes les interesaban tanto como a nosotros. Celia Muir, Colin Campbell y Alec Macpherson vivían y respiraban por ellos.

Por eso, cuando nos dispusimos a escribir esta historia, ya sabíamos mucho de Alexander y Elizabeth, pues los habíamos presentado a nuestros lectores como padres de sus hijos adultos.

Como muchos de ustedes saben, seguimos creando un vasto mundo interconectado que abarca siglos. Si te interesa seguir al clan Macpherson, echa un vistazo a la lista completa de series a continuación:

Una boda de verano-La precuela de todos los cuentos de la serie Macpherson. Alexander Macpherson, el patriarca de la familia, encuentra a su media naranja en Elizabeth Hay.

The Thistle and the Rose--Mientras aún perdura el humo de la batalla de Flodden Field, se presentan Colin Campbell y Celia Muir, una mujer-guerrera que tiene en sus manos el destino de Escocia. Esta historia está en la lista de "Los mejores romances históricos de todos los tiempos". *Thistle* presenta a Alec Macpherson, hijo mayor de Alexander y Elizabeth.

Ángel del cielo... Alec Macpherson ha servido al rey Jaime con su espada. Ahora daría hasta su alma por proteger a Fiona Drummond del pasado que la persigue y de la intriga que podría cambiar el futuro de Escocia.

Corazón de oro--Ambrosio, el hermano menor de **Alec**, segundo hijo de la familia Macpherson, siente un ardiente deseo por Isabel Bolena, la exquisita hija natural de un diplomático inglés. Pero el odiado rey inglés también la desea, y no se detendrá ante nada para tenerla. Ambrose fue presentado en *Ángel de Skye*.

La belleza de la niebla--John, el hermano menor de los Macpherson, ha recibido el encargo de traer a casa a la prometida de su joven rey, pero su destino cambia cuando rescata a la misteriosa María, a la deriva en el mar.

The Intended--Malcolm MacLeod, pupilo de Alec Macpherson en *Angel of Skye*, y Jaime Macpherson, hija de Mary Boleyn (*Heart of Gold*), tienen que encontrar el camino de vuelta a Escocia desde las mazmorras del rey Tudor.

Flame--Gavin Kerr, introducido en *Heart of Gold*, descubre que el castillo que le han adjudicado encierra más de lo que espera, el "fantasma" de la anterior propietaria, Joanna

MacInnes, que ronda las torres quemadas y los pasadizos secretos.

Tess and the Highlander (Finalista del Premio RITA©)--Colin Macpherson, el hijo menor de Alec y Fiona (*Angel de Skye*), llega a una remota isla de la costa de Escocia, donde encuentra a una joven solitaria, Tess Lindsay.

La Trilogía del Tesoro de las Tierras Altas:

The Dreamer--Cuando su difunto padre fue tachado de traidor al rey, Catherine Percy encuentra refugio en Escocia. Pero un error de identidad la pone en una situación comprometida con John Stewart, el conde de Athol (*Flame*).

La Encantadora - Laura Percy (la segunda hermana de los Percy) se refugia en las Tierras Altas, pero cuando es secuestrada por William Ross, el temible Laird de Blackfearn, todos sus planes bien trazados se vienen abajo.

The Firebrand--***Adrianne*** Percy (la menor de las hermanas Percy) está escondida en las Islas Occidentales, a salvo de los enemigos de su familia, hasta que sus hermanas envían a Wyntoun MacLean para que la devuelva a las Tierras Altas. Colin Campbell y Celia Muir (*El cardo y la rosa*) hacen su aparición en este emocionante final de trilogía.

La Trilogía de la Reliquia Escocesa:

Mucho ruido y pocas nueces--***Alexander*** y James Macpherson, los dos hijos mayores de Alec y Fiona (*Angel of Skye*) se encuentran con más problemas de los que esperaban. Alexander quiere recuperar a su novia fugitiva, pero un secreto mortal del pasado de Kenna Mackay ha salido a la luz y un villano despiadado se está acercando.

Taming the Highlander (Finalista del premio RITA©)--Innes Munro tiene la capacidad de leer el pasado de una persona con sólo tocarla. Conall Sinclair, el conde de Caithness, lleva cicatrices cortesía de los captores ingleses. Ambos se resisten a dejar que el otro se acerque, pero ninguno puede negar su creciente atracción.

Tempestad en las Highlands--***Miranda*** MacDonnell naufraga en la mítica Isla de los Muertos con el notorio corsario Black Hawk. Alexander Macpherson y Kenna Mackay (*Much Ado About Highlanders*) desempeñan un papel importante, y Gillie the Fairie-Borne (*The Firebrand*) aparece en la novela mientras busca a su familia perdida.

Love and Mayhem - Una divertidísima adaptación medieval de *Arsenic and Old Lace*, ambientada en parte en las islas occidentales, con la aparición de Alec y Fiona (*Angel of Skye*).

Además, hemos estado construyendo un mundo de historias ambientadas en la Inglaterra y Escocia georgiana, de la Regencia y victoriana. Visite nuestro sitio web, MayMcGoldrick.com, donde encontrará más de una docena de novelas.

Nos encanta recibir comentarios de nuestros lectores. Escribimos nuestras historias para usted. Nos esforzamos constantemente por escribir historias que usted aprecie y recomiende a sus amigos. Puede ponerse en contacto con nosotros visitando nuestro sitio web en www.MayMcGoldrick.com. También puede suscribirse a nuestro boletín. Queremos que sea uno de los primeros en enterarse de nuestras novedades, sorteos y otras noticias pertinentes.

Por último, necesitamos un favor. Si le apetece, nos encantaría recibir una reseña de *A Midsummer Wedding*. Como ya sabrá, las reseñas son difíciles de conseguir hoy en día. Usted, el lector, tiene ahora el poder de hacer o deshacer un libro. Si tiene tiempo, considere la posibilidad de publicar una en línea.

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) (*novella*)

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) (*novella*)

[How to Ditch a Duke](#) (*novella*)

[A Prince in the Pantry](#) (*novella*)

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.

Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.